

DESPUÉS DE LA DIALÉCTICA

La teoría social radical en un mundo poscomunista

Si tanto el socialismo como el liberalismo han sido centrales para el pensamiento político y social moderno, durante el siglo xx el socialismo, en un sentido ecuménico y poco preciso del término, fue el más exitoso de los dos desde el punto de vista de la atracción intelectual y del apoyo público¹. El socialismo se grabó en las banderas de partidos de masas en Brasil, Gran Bretaña, China, Francia, Alemania, India, Indonesia, Italia, Japón, México, Rusia, Sudáfrica: de hecho, casi en todos los países importantes del globo, a excepción de Nigeria y Estados Unidos. Se adhirieron a él como objetivo retórico, al menos, un abanico de partidos con mucho poder local que iba desde los socialdemócratas árticos hasta los nacionalistas africanos. El socialismo y el comunismo ejercieron una poderosa atracción sobre algunas de las cabezas más brillantes del siglo xx: Einstein era socialista y escribió un manifiesto fundador para el periódico marxista estadounidense *Monthly Review*; Picasso era comunista y diseñó el logo de los movimientos por la paz liderados por los comunistas del periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pese a su tarea original definida en términos conservadores y pese a sus propias tradiciones incondicionalmente conservadoras, la Academia Sueca ha adjudicado el Premio Nobel de literatura a una serie de escritores de izquierdas, de Romain Rolland a Elfriede Jelinek.

Tras las dos mareas vivas que siguieron a las guerras mundiales del siglo xx, distintas modalidades de socialismo alcanzaron su punto álgido de influencia y ambición transformadora en las décadas de 1960 y 1970 y lo mismo sucedió con su corpus teórico central, aunque no único: el marxismo. Geopolíticamente, la Unión Soviética se equiparó a Estados Unidos, derrotado por los comunistas vietnamitas. La Revolución Cultural china fue el intento de cambio social radical de mayor escala que nunca se

¹ Este texto surgió a partir de una invitación a participar en una colección sobre diferentes aspectos de la teoría social europea y en un principio estaba centrado en la cuestión del «posmarxismo y la izquierda», para más tarde ampliarse para la *New Left Review*. Ningún estudio de un campo tan amplio como éste está exento de omisiones y descuidos, ni tampoco escapa a las inclinaciones políticas, personales y generacionales de su autor. Una versión más breve y eurocéntrica del mismo apareció publicada en Gerard Delanty (ed.), *Handbook of European Social Theory*, Londres, Routledge, 2006.

haya llevado a cabo, percibido por mucha gente de todo el mundo como un deslumbrante faro rojo. La descolonización barrió el África al norte del Limpopo, que se embarcó en proyectos socialistas de construcción nacional. En América Latina, la Revolución Cubana inspiró una oleada hemisférica de política socialista revolucionaria, seguida por otro ejemplo, diferente pero aliado, en Chile.

Los movimientos sindicales alcanzaron en los países más desarrollados sus cotas más altas de afiliación a mediados de la década de 1970. En la Europa occidental y en las Antípodas oceánicas, la socialdemocracia avanzaba, tanto desde el punto de vista electoral, como en su programa de reformas. En Suecia entre 1968 y 1976 y en Francia entre 1978 y 1981, los socialdemócratas presentaron los planes concretos de cambio social más radicales de toda su historia. Los movimientos obreros militantes de huelgas, manifestaciones y encierros en el lugar de trabajo sacudieron Francia en mayo de 1968 e Italia en el otoño de 1969. Los movimientos estudiantiles, que en Europa, históricamente, habían sido sobre todo de derechas, surgieron como poderosas fuerzas izquierdistas en toda Europa, América, grandes partes de África (desde Sudáfrica hasta Etiopía y, de manera más débil, hasta el norte árabe), Asia (desde Estambul hasta Bangkok y Tokio) y Oceanía. Marx y el marxismo se abrieron paso en los ámbitos universitarios en algunos de los países capitalistas más importantes, alcanzando una fuerte influencia, aunque nunca llegaron a ser hegemónicos en ningún centro intelectual significativo fuera de Italia y Francia.

Luego, inesperadamente, bajó la marea y vino seguida de un tsunami neoliberal. Las estructuras socialistas se vinieron abajo, muchas de ellas demostrándose durante este proceso maltrechas o engañosas; las ideas socialistas y las teorías marxistas quedaron sepultadas bajo la avalancha. La privatización se convirtió en el orden del día global, formulado en el Consenso de Washington acuñado por el Tesoro estadounidense, el FMI y el Banco Mundial. En los albores del siglo XXI, no sólo el capitalismo liberal, sino también el imperio y el imperialismo han orquestado un retorno triunfante y, con ellos, han vuelto las cosmovisiones de la *belle époque*. La explicación de este giro repentino y de por qué se produjo en las últimas dos décadas del siglo XX es una tarea que excede el alcance de esta panorámica de la teoría social de izquierdas tras el «desastre» neoliberal. No obstante, algunas pinceladas hay que dar de los parámetros en transformación dentro de los cuales esta teorización ha tenido lugar, antes de ofrecer una imagen sintética de las respuestas ante tales cambios.

I. EL GIRO DE LA MODERNIDAD

Ya tienda su análisis a la celebración y a la aceptación o a la crítica y al rechazo, las teorizaciones sociales dependen del mundo social que teorizan. Un motivo fundamental para estudiar el presente estriba en entender el poder que éste ejerce y las críticas del mismo dependen en gran par-

te, aunque no de manera absoluta, de la esperanza de otro mundo posible. Tal esperanza, a su vez, depende de la visibilidad, por muy minúscula que sea, de algún poder o fuerza alternativa con un potencial de pasar de la crítica al cambio activo. Lo que sucedió con el socialismo y el marxismo en las décadas de 1980 y 1990 es que las fuerzas alternativas parecieron desvanecerse. Mientras las desigualdades del capitalismo aumentaban en la mayoría de países, mientras la brecha global entre ricos y pobres se ensanchaba y mientras la brutalidad de los dirigentes de los principales Estados capitalistas se reafirmaba una y otra vez, la dialéctica del capitalismo estaba implorionando. La nueva ofensiva del capital no venía acompañada de ningún fortalecimiento de los movimientos obreros y anticapitalistas, ni de la apertura de una salida sistémica hacia otro modo de producción –por lo menos, no bajo perspectivas perceptibles a simple vista–. Por el contrario: el movimiento obrero estaba debilitado y las alternativas sistémicas embrionarias se venían abajo o quedaban completamente marginadas. La confluencia global de derrotas políticas de la izquierda y de debacles sociales de las últimas dos décadas del siglo xx era arrolladora, bajo todo punto de vista.

Sin embargo, cualquier valoración analítica debe tener en cuenta el lento trabajo del tiempo. La mayoría de teóricos contemporáneos se formaron en realidad durante anteriores coyunturas de esperanza y poder. La teoría existente todavía registra fundamentalmente la reacción de esta generación anterior al giro de las décadas de 1980 y 1990; al mismo tiempo, está surgiendo un nuevo estrato de izquierdistas de los Foros Sociales Mundiales, el movimiento antiglobalización y las movilizaciones indígenas de Chiapas a Bolivia y más allá; mientras el significado sociopolítico del nuevo antiimperialismo musulmán sigue por determinar.

En los países capitalistas ricos, el cambio estructural hacia la desindustrialización y la mala gestión por parte del centro-izquierda de la difícil coyuntura de la década de 1970 –con el desempleo masivo y la inflación galopante– preparó el terreno para la revancha del neoliberalismo, cuya punta de lanza fueron los países en los que se originó la industrialización. Cuando la nueva doctrina económica resultó ser un desafío de una agresividad inesperada, los principales poderes que supuestamente estaban «construyendo el socialismo» adoptaron diferentes estrategias. La de la Unión Soviética se demostraría suicida: intentar aplacar el liberalismo político a la vez que dejaba que la economía cayese en espiral, tolerando embates peligrosísimos cada vez más agresivos. Los chinos, y después los vietnamitas, tomaron el camino del «libre mercado»: si el capitalismo es el único programa sobre la tierra, vamos a participar de él. Tras los fracasos y la vacuidad moral de la Revolución Cultural china, el PCCh –pese a todas sus anteriores diatribas maoístas contra quienes «tomaban el camino del capitalismo»– fue la fuerza política que tomó este rumbo de manera más uniforme y dedicada.

En América Latina, tanto las esperanzas reformistas como las revolucionarias se habían sumido en sangre a finales de la década de 1970. En el mun-

do árabe, el éxito del ataque israelí de 1967 había hecho pedazos la izquierda secular. Los Estados africanos satélite del comunismo de la Guerra Fría cambiaron de chaqueta con la desaparición de sus mecenas. El enorme Partido Comunista Indonesio fue literalmente masacrado en 1965. El marxismo chileno, tanto socialista como comunista, no llegó nunca a recuperarse del golpe de 1973. En Europa, el PCI se autodisolvió y el PCF ha quedado reducido al tamaño de una secta grande. En otro lugar, Bengala Occidental, un Estado indio con una población del tamaño de la de Alemania, ha seguido reeligiendo a su gobierno comunista; y el castrismo caribeño se las ha arreglado para sobrevivir, revitalizado por la reciente evolución de Venezuela y Bolivia. En Europa meridional, de Portugal a Grecia, todavía hay minorías importantes que levantan banderas rojas; lo mismo hace el mayor partido del Chipre griego, el moderado AKEL. Pero, tal vez a excepción de este último, se trata de grupos más testimoniales que portadores de esperanza. Las aspiraciones socialdemócratas de la Europa poscomunista se han quedado en poco; sus partidos han tendido a ser liberales, corruptos o ambas cosas. Las esperanzas socialistas de la Sudáfrica postapartheid también han acabado en nada, aunque el CNA sí que ofrece un ejemplo de democracia obrera en África. El giro a la izquierda de los países latinoamericanos en 2000 debe poco al pensamiento socialista o marxista clásico, extrayendo más inspiración del catolicismo radical en el caso de Brasil, del populismo latinoamericano en Argentina y Venezuela y de las movilizaciones de los pueblos indígenas en Bolivia, aunque el Movimiento al Socialismo del presidente Evo Morales fue construido en gran parte por antiguos cuadros del sindicato minero de izquierdas. No obstante, en cada uno de estos casos y, en particular, en el boliviano, hay un componente articulado de izquierda socialista.

El mundo todavía no se ha vuelto completamente seguro para el liberalismo. Siguen surgiendo nuevas fuerzas radicales: movimientos populistas en la América indígena, oleadas de migración que producen movimientos de inmigrantes en el «Primer Mundo» y todo un espectro de manifestaciones políticas del Islam, desde la democracia islamista hasta el terrorismo sectario. Lo más interesante, crucial para la evolución futura, puede que sea la llegada de un islamismo social, comparable al catolicismo social que se extendió por Europa desde los Países Bajos hasta Austria hace un siglo. Pero los viejos mapas de «vías al socialismo» han perdido el norte. Hay que hacer nuevas brújulas de la izquierda; es de esperar que esta labor lleve algún tiempo.

El triángulo roto del marxismo

Como marco mínimo para situar los giros recientes de la teoría social de izquierdas, es preciso que examinemos cómo el pensamiento marxista y socialista se ha arraigado en la historia cultural. Esto supone, en primer lugar, un análisis de la estructuración específica del marxismo como un «ismo» y de las fuerzas que han tenido que ver con esa estructura. En se-

gundo lugar, habría que reconocer el marxismo y el socialismo como partes de un conjunto cultural más amplio, el de la modernidad, y, por lo tanto, afectados por los avatares de ésta.

Puede que el mejor modo de entender la historia del marxismo sea como una triangulación que nace tanto de la situación histórica como del extraordinario abanico de intereses de sus fundadores. El «ismo» tiene tres polos diferentes, con distancias variables entre ellos, por no mencionar las coaliciones también variables entre polos. Desde el punto de vista intelectual, el marxismo fue en primer lugar una sociología histórica, en el amplio sentido germánico de *Wissenschaft*, centrada en el funcionamiento del capitalismo y, en términos más generales, en los desarrollos históricos determinados «en última instancia» por la dinámica de las fuerzas y relaciones de producción. En segundo lugar, fue una filosofía de las contradicciones o la dialéctica, con aspiraciones epistemológicas y ontológicas, no menores que sus implicaciones éticas. En tercer lugar, el marxismo era un modo de política de tipo obrero y socialista que ofrecía una brújula y una hoja de ruta para el derrocamiento revolucionario del orden existente. La política era el vértice que sobredeterminaba el triángulo, convirtiendo el «ismo» en una corriente social y no sólo un linaje intelectual. El materialismo histórico, con la crítica marxiana de la economía política y la dialéctica materialista, con la filosofía social de la alienación y el fetichismo de la mercancía, tenía su atractivo intelectual intrínseco; pero éste por lo general estaba vinculado a afinidades y, con frecuencia, a un compromiso con una política de clase socialista. Las relaciones de la política con la ciencia (y la historiografía) o con la filosofía, en el marxismo, siempre fueron asimétricas. En aquellos casos en que la dirección política estaba diferenciada de la dirección teórica, era siempre el poder político el que empezaba a dominar; aunque la dirección política entre las primeras dos generaciones después de Marx solía requerir una capacidad para la argumentación teórica.

Marx, Engels, Kautsky —el principal teórico de la Segunda Internacional socialdemócrata— y Lenin, cada uno a su manera, dominaban los tres géneros. Stalin y Mao también tuvieron sus escarceos en los tres. Sin embargo, por más impresionantes que resulten la pericia y la versatilidad intelectual-política de estas generaciones fundadoras, semejantes cualidades eran también una expresión de la modernidad temprana de finales del siglo XIX, con discursos intelectuales apenas diferenciados y una preponderancia natural de la política. A lo largo del siglo XX, la longitud de los lados del triángulo se iría ampliando cada vez más. Cualquier intento serio de entender el «posmarxismo» tendrá que ocuparse de este triángulo de sociología, política y filosofía.

El marxismo que surgió en Europa occidental después de la Primera Guerra Mundial tenía básicamente un enfoque filosófico: aunque en un principio tuvo vinculaciones escatológicas con la política revolucionaria (Lukács, Korsch, Gramsci), luego guardó las distancias con discreción (la

Escuela de Frankfurt) o mantuvo una relación meramente indirecta (Althusser, Lefebvre, Sartre), aun cuando existiera un lazo de afiliación a un partido como en los dos primeros casos². Pese a las duras lecciones sociológicas de los frankfurtianos en el exilio estadounidense y pese a la tendencia científica de los althusserianos, los filósofos marxistas europeos de este periodo apenas se relacionaron intelectualmente con los sociólogos o historiadores marxistas.

En Europa occidental, nunca hubo un modo de política marxista que consiguiera ganar suficiente apoyo como para consolidarse como una práctica política específica. Las modalidades que existieron siempre estuvieron abiertas a las iniciativas oportunistas y a la legitimación autoritaria. Esto convirtió lo que tal vez pueda llamarse la coalición marxista «natural» entre política y sociología en algo difícil y poco común. Había, por supuesto, un vínculo importante: el compromiso político con el socialismo, en el sentido histórico de un tipo de sociedad diferente. En las décadas de 1960, 1970 e incluso a principios de la de 1980, éste era un compromiso no exclusivo de intelectuales radicales o grupos de jóvenes revolucionarios. Lo expresaban partidos de masas o importantes corrientes en su seno, como dentro del Partido Laborista británico y de las socialdemocracias continentales de la Europa occidental. Estaba también el hecho «realmente existente» de que un grupo considerable de Estados, dos de ellos muy poderosos, estaban «construyendo el socialismo». La confianza en sus logros era limitada, pero existía la opinión generalizada de que por lo menos constituían un lugar de construcción social permanente, aunque tal vez estancado o incluso en decadencia.

La política socialista, en los sentidos ambiguos referidos aquí, mantuvo unido el triángulo marxista, aunque había poco en él de un propósito específicamente marxista. Pero la política socialista se desintegró a lo largo de la década de 1980: empantanada y obligada a la rendición en Francia; aplastada electoralmente en Gran Bretaña y puesta a la defensiva en Escandinavia; dando un abrupto giro a la derecha por motivos geopolíticos y de otro tipo en Europa meridional; abandonada o fatalmente minada en la Eurasia comunista; aniquilada ya bajo la bota militarista en América Latina. Esto movió el suelo bajo los pies del marxismo como ciencia social, con lo que sus análisis perdieron todo público potencial identificable. La filosofía marxista, así como la historiografía y la sociología, pasaron a depender de posiciones académicas. Tal vez porque era inmune a la refutación empírica, la filosofía se las arregló mejor, manteniendo un lazo con la política revolucionaria marginal, en especial en algunas zonas de la Europa latina.

El triángulo marxista de sociología, política y filosofía se ha roto, con toda probabilidad, de manera irremediable. Esto no significa que la política so-

² Véase Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres, Verso, 1976.

cialista, basada en demandas de una sociedad socialista diferente, haya desaparecido. Allí donde el sistema electoral permite su expresión, el apoyo a este tipo de política oscila entre el 5 y el 20 por 100 del voto nacional; este porcentaje podría crecer mucho más. Las ideologías y orientaciones políticas tienen sus altos y bajos y es posible que pronto el postsocialismo quede eclipsado por un nuevo socialismo. Pero el infradesarrollo de la teoría política marxista, junto con la reestructuración social de las sociedades capitalistas, hacen poco probable que una política socialista en alza sea muy marxista. El cenit de la clase obrera industrial ha quedado atrás, a la vez que muchos sujetos políticos antes desatendidos pasan a primer plano.

Bajo condiciones no represivas, resulta poco probable que el marx-ismo ejerza atracción como *la* sociología o *la* historiografía de los estudiosos socialistas comprometidos posteriores a la década de 1990. Medido de acuerdo con los parámetros de la física o la biología, los avances de la sociología o los estudios históricos pueden parecer modestos; no obstante, representan enormes zancadas adelante desde la época de *Das Kapital*. Con todo, puesto que cada generación de sociólogos suele encontrar nuevas fuentes de inspiración entre los clásicos del pensamiento social, parece de lo más probable que en el futuro se redescubra de nuevo a Marx muchas veces, se hagan interpretaciones novedosas y se hallen nuevas perspectivas, pero todo ello apenas favorecerá la identificación de algo parecido a un *ismo*. Por otro lado, los filósofos, de forma más habitual que ocasional, dirigen su atención hacia sus predecesores. Aún no se sabe si Marx alcanzará la longevidad de 2.500 años de Platón, Aristóteles y Confucio, pero no se puede descartar esta posibilidad. Un espectro nunca muere, como dijo Derrida³. La historia de la filosofía tiende a generar una y otra vez nuevas técnicas de lectura.

El desafío de la posmodernidad

La teoría social de izquierdas y marxista debe también situarse dentro del marco cultural más general de la modernidad, en cuyo seno se articuló por primera vez y por cuyas vicisitudes se ha visto inevitablemente afectada. El mismo periodo en el que se registró el eclipse del marxismo político, se asistió al rechazo de la modernidad en nombre de la posmodernidad y al auge del posmodernismo. Este último tiene al menos dos orígenes muy diferentes⁴. Uno es la estética: una transformación de la sucesión de vanguardias de la modernidad, desarrollada de manera particularmente clara en el campo de la arquitectura, como reacción contra el austero Gran Modernismo de Mies van der Rohe y el «Estilo Internacional». La otra fuente reside en la filosofía social, una manifestación del ago-

³ Jacques Derrida, *Spectres de Marx*, París, 1993, p. 163 [ed. cast.: *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*, Madrid, Trotta, 1998].

⁴ Véase la inigualable arqueología crítica de Perry Anderson, *The Origins of Postmodernity*, Londres, Verso, 1998 [*Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000].

tamiento y del desencanto de antiguos izquierdistas. La figura clave es el fallecido pensador francés Jean-François Lyotard, un ex militante desilusionado de la facción de extrema izquierda *Socialisme ou Barbarie*⁵.

¿Por qué el posmodernismo se convirtió en un desafío tan formidable? ¿Por qué la posmodernidad era «una terrible necesidad, algo anhelado intuitivamente y buscado con desesperación», tal y como lo expresó en fecha reciente un adepto temprano⁶, desde una mirada retrospectiva más escéptica? La atracción estética resulta fácil de comprender, sobre todo como una manifestación más de la incesante ansia de innovación de la modernidad; a la par que es posible ver cómo sus formas específicas están influidas por la oposición a su predecesor/enemigo inmediato, así como por el contexto sociocultural. Pero esto no nos lleva muy lejos respecto a la importancia teórica y política del posmodernismo. Respecto a esta cuestión, Jeffrey Alexander captó un importante aspecto cuando concluyó que «la teoría posmoderna [...] puede considerarse [...] un intento de reparación del problema de sentido creado por el fracaso vivido de “los sesenta”»⁷.

Lo que había en juego era una sorprendente combinación de brillantez y miopía. En el ámbito cultural, se habían producido cambios importantes entre el trabajo, pongamos, de Mies van der Rohe y Robert Venturi o Jackson Pollock y Andy Warhol; cambios que surgieron en la década de 1960 y que establecieron un nuevo tono estético para las siguientes décadas. Esta evolución mereció análisis de un nuevo modo de producción cultural, como el de la obra de Fredric Jameson, *Postmodernism*⁸. Pero ni siquiera los mejores intentos de poner en relación este análisis cultural con el cambio socioeconómico lograron en ningún momento articular plenamente las conexiones entre ambos. Jameson basa su descripción en el libro de Ernest Mandel, *Late Capitalism*, un cuadro de la economía global de posguerra dibujado en la década de 1960 y en gran medida centrado en la regulación estatal del capital y sus límites insuperables⁹. Esto impidió una discusión sobre un capitalismo «más tardío», posterior a 1975, y más aún del auge de una modernidad neoliberal de derechas. A pesar de las aportaciones esenciales de Jameson, el posmodernismo era fundamentalmente una corriente procedente de la ex izquierda, que se transformó en una serie de ataques cultural-políticos contra la modernidad y lo mo-

⁵ Jean-François Lyotard, *La condition postmoderne*, París, Minuit 1979 [ed. cast.: *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1989].

⁶ Zygmunt Bauman y Keith Tester, *Conversations with Zygmunt Bauman*, Cambridge, 2001, p. 71.

⁷ Jeffrey Alexander, «Modern, Anti, Post, Neo», *New Left Review* I, 210, marzo-abril de 1995, p. 82.

⁸ Fredric Jameson, *Postmodernism, Or, The Cultural Logic of Late Capitalism*, Londres, Verso, 1991 [ed. cast.: *El posmodernismo, o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1991].

⁹ La obra de Ernest Mandel, *Late Capitalism*, se publicó en inglés en 1975; su edición alemana salió en 1972 con Suhrkamp. De acuerdo con el prefacio del autor, los principales elementos de la teoría del capitalismo tardío se concibieron entre 1963 y 1967.

derno; un malestar dentro de la analítica erudita¹⁰. Fuera de los públicos específicos de la arquitectura y el arte, se dirigió en gran medida contra la izquierda y la extrema izquierda, incluido el feminismo, y prestó muy poca atención al ascenso simultáneo de una modernidad de derechas, bajo la forma del neoliberalismo o de un capitalismo agresivo¹¹.

En lugar de ello, el posmodernismo se alimentó de la desmoralización y la incertidumbre de la izquierda en el periodo que siguió a la euforia de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970. Su crítica de la razón y de la racionalidad florecía gracias a la «maquinaria de imágenes» de la sociedad televisiva, que proporcionó el sustento de los «estudios culturales» académicos¹². Había, además, otros dos pilares del nuevo edificio de la posmodernidad. Uno era la reestructuración social que llegó con la desindustrialización: un cambio social que iba a marcar una época. Otro era la crítica del progreso moderno que surgió a partir de las preocupaciones ecológicas, intensificadas por la crisis del petróleo de la década de 1970 y principios de la de 1980. Al medioambientalismo le ha costado florecer en la atmósfera esotérica de la filosofía posmodernista, pero sus partidarios se han demostrado receptivos a ésta. En definitiva, la imaginaria transmitida a través de los medios de comunicación de masas, la desindustrialización y los reveses ecológicos proporcionaron una caja social de resonancia para el discurso posmodernista de desorientación de la (ex) izquierda. Contra este telón de fondo, lo moderno, blanco de los ataques del posmodernismo, ha sido definido de distintas maneras. Por ejemplo, *Singular Modernity*, de Jameson, a la par que advierte en tono grave «retrocesos» recientes con respecto a un «consenso» previo alrededor de la «plena posmodernidad», menciona el ascetismo de la modernidad, su falocentrismo y autoritarismo, la teleología de su estética, su minimalismo, su culto al genio y «las nada agradables demandas» que hacía al auditorio o público¹³.

Pero, pese a sus orígenes en el mundo del arte y de la filosofía cultural, el posmodernismo también ha pretendido hablar de la sociedad, de la cultura en un sentido más antropológico y de la historia y la actual situación histórica de la humanidad. Existe, entonces, un ámbito de encuentro y confrontación con la historiografía y la sociología contemporáneas. ¿Cuál podría ser la aportación de la historiografía y la sociología empírica desde una perspectiva analítica?

¹⁰ Véase también Linda Hutcheon, *The Politics of Postmodernism* [1989], Londres y Nueva York, 2002; Pauline Marie Rosenau, *Post-Modernism and the Social Sciences*, Princeton, 1991.

¹¹ El propio Jameson desestima burlescamente los encantos intelectuales de la doctrina: «nadie va a convencerme de que hay algo glamoroso en la idea de un Milton Friedman, un Hayek o un Popper en la época actual»; véase F. Jameson, *A Singular Modernity*, Londres, 2002, pp. 2-3 [ed. cast.: *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*, Barcelona, Gedisa, 2004].

¹² P. Anderson, *The Origins of Postmodernism*, cit., p. 88.

¹³ F. Jameson, *A Singular Modernity*, cit., p. 1. Pero, ¿realmente el ascetismo, el falocentrismo y el autoritarismo fueron más característicos y universales en las culturas y sociedades modernas de lo que lo fueron en las premodernas?

Como es evidente, no existe ninguna definición «correcta» única de la modernidad y lo moderno. Pero las definiciones más fructíferas de conceptos tomados del lenguaje común suelen ser las menos arbitrarias e idiosincráticas, lo cual implica por lo general respetar el significado etimológico y abstenerse de cargar la definición con connotaciones apriorísticas. La modernidad debería considerarse, pues, únicamente como una orientación temporal. La modernidad es una cultura que pretende ser moderna, en el sentido de que da la espalda al pasado –a lo antiguo, lo tradicional, lo *passé* [anticuado]– y dirige su mirada hacia el futuro como horizonte novedoso y alcanzable. El hombre o la mujer, la sociedad, la civilización modernos tienen una dirección: «adelante» –o, tal y como se formuló en la antigua RDA y en la Ghana postindependencia, «siempre hacia adelante, nunca hacia atrás»¹⁴. En lugar de trivializar el concepto de modernidad intentando trasladarlo a un conjunto de instituciones concretas, ya sea del capitalismo o de la política, o a una concepción particular de racionalidad o del sujeto, fácil de atacar filosóficamente, resulta más útil utilizar el término sólo como un significante temporal, para poder conservar su capacidad analítica.

¿Qué supondría la utilización del término modernidad –el alemán *Moderne*– en este sentido? ¿Por qué no seguir el consejo de Jameson de «sustituir modernidad por capitalismo»¹⁵. A juicio de muchos, el concepto de modernidad es útil por sus connotaciones extraeconómicas más amplias. Una historia cultural, pongamos, del *Berliner Moderne* difícilmente es sinónimo de una historia del capitalismo en Berlín y su interés no es por fuerza ilegítimo¹⁶. La idea de modernidad presta atención a importantes cambios semánticos que de otro modo es fácil pasar por alto. Pongamos por ejemplo la palabra «revolución». Como concepto premoderno, apunta hacia atrás, a «volver atrás», o a movimientos cíclicos recurrentes, como en *Sobre las Revoluciones de las esferas celestes* de Copérnico o en la *Encyclopédie* de la Ilustración francesa, en la que la entrada principal hace referencia a relojes y fabricación de relojes. Hubo que esperar a 1789 para que la palabra «revolución» se convirtiera en una puerta al futuro; al igual que lo hizo, un poco después, otro término con el prefijo «re-»: «reforma».

Como es evidente, no existe ninguna definición «correcta» única de la modernidad y lo moderno. Pero las definiciones más fructíferas de conceptos tomados del lenguaje común suelen ser las menos arbitrarias e idiosincráticas, lo cual implica por lo general respetar el significado etimológico y abs-

¹⁴ Véanse Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft*, Frankfurt, 1979, pp. 314 ss.; Jürgen Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, Frankfurt, 1985, pp. 14-15.

¹⁵ F. Jameson, *A Singular Modernity*, cit., p. 215.

¹⁶ Tampoco se debería equiparar la modernidad social con la teoría social de posguerra de la «modernización», tal y como propuso Jeffrey Alexander hace unos años en estas páginas. La modernización fue una teoría sociocultural particular de la evolución histórica, atacada por Wallerstein y otros no desde una posición «antimoderna», sino por su nacionalismo metodológico y su evolucionismo idealista de color de rosa, que pasaba por alto el capitalismo, la explotación, el colonialismo y «el desarrollo del subdesarrollo». Véase J. Alexander, «Modern, Anti, Post, Neo», cit.

colonial; y la «modernización reactiva» por arriba, de la que Japón sería el país pionero. Por último, un concepto temporal de la modernidad constituye también un modo de captar el significado de la posmodernidad, como cuestionamiento de las narraciones futuras de lo moderno y pérdida de fe en ellas. En la medida en que «hacia adelante» y «hacia atrás», progresista y reaccionario, han perdido todo significado, nos adentramos en un mundo posmoderno.

Marx y el marxismo eran muy modernos en este sentido, invocando el término una y otra vez en el *Manifiesto comunista* y en *El capital* y planteándose como «propósito primordial» «revelar la ley económica que mueve la sociedad moderna», tal y como lo expresó Marx en su prólogo a la primera edición del Libro I¹⁷. Sin embargo, y esto es crucial, lo que tenían era una concepción *dialéctica* de la modernidad, percibida como algo inherentemente contradictorio. Se aclamaba la modernidad del capitalismo y de la burguesía, pero al mismo tiempo se la atacaba como explotadora y alienante. Esta forma dialéctica de entender la modernidad era, en cierto sentido, el corazón mismo del pensamiento marxiano. Afirmaba la naturaleza progresista del capitalismo, de la burguesía, incluso del dominio del imperialismo capitalista (de un modo que, en la actualidad, a muchos les parecería insensible hacia las víctimas del colonialismo), a la par que no sólo los denunciaba, sino que organizaba la resistencia contra ellos. En términos cultural-históricos amplios, cabría considerar el marxismo como Su Majestad la Oposición a la Modernidad¹⁸. Pero, si bien el único modo de entender el marxismo en este sentido cultural central (y los retos recientes a los que se enfrenta) es desde el punto de vista de su concepción dialéctica de la modernidad, a su vez hay que situar esta concepción en contraposición con otras importantes «grandes narraciones de la modernidad». Es posible sintetizar las más influyentes de todas ellas del siguiente modo:

Cuadro I: Grandes narraciones de la modernidad

<i>El pasado era</i>	<i>El futuro será</i>
Ignorancia, superstición, sumisión ciega	Emancipación: ilustración racional, individual
Opresión, falta de libertad	Emancipación/liberación: colectiva
Pobreza, enfermedad, estancamiento	Crecimiento, progreso, desarrollo
Condiciones de ninguna o poca competencia	Supervivencia de los más aptos
dominio de la norma, imitación	Vitalidad creativa

Por tomar estas cuestiones de manera ordenada: en primer lugar, aunque la idea kantiana de ilustración racional ha perdido gran parte de su atractivo a principios del siglo XXI, habría que reconocer que sigue estando en el centro de controversias tan importantes como, por ejemplo, cómo expli-

¹⁷ Véase Marshall Berman, *All That Is Solid Melts Into Air*, Londres, 1983.

¹⁸ Véase Göran Therborn, «Critical Theory and the Legacy of Twentieth-Century Marxism», en Bryan Turner (ed.), *The Blackwell Companion to Social Theory*, Oxford, 1996.

car, prevenir y hacer frente al VIH-SIDA y otras enfermedades letales en África y otras partes del mundo. ¿Constituye la brujería una fuente fundamental de enfermedad y muerte? ¿Sirve la penetración de una virgen para curar el SIDA? En segundo lugar: el concepto de emancipación o liberación colectiva ha experimentado una transformación considerable a lo largo de las últimas décadas, como parte del proceso de posmodernización. Ha perdido en gran medida sus anteriores referentes sociales –la clase obrera, los colonizados, las mujeres, incluso los gays y lesbianas– y, sobre todo, sus horizontes socialistas de emancipación del capitalismo. Pero no ha desaparecido. Resurge en la actualidad en el discurso liberal-democrático militante, de por sí una forma de discurso moderno de derechas, haciendo referencia ahora a la necesidad de liberarse de un grupo específico de regímenes autoritarios «antioccidentales»: comunistas, poscomunistas o musulmanes y árabes. En la América Latina indígena, por otro lado, la emancipación se ha convertido en una nueva urgencia social, a medida que las poblaciones indígenas reivindican un reparto más equitativo de los recursos.

En tercer lugar, los horizontes de crecimiento y progreso siguen rigiendo las expectativas de todas las economías modernas, tanto las antiguas «construcciones de socialismo» como todas las variedades de capitalismo, incluido el neoliberalismo reinante. El crecimiento y el progreso constituyen además la historia continuada que la ciencia se cuenta a sí misma y forman el credo de todas las autoridades académicas contemporáneas. En cuarto lugar, la supervivencia de los más aptos y el darwinismo social han recibido un nuevo impulso gracias a la globalización neoliberal, tras su cuarentena posfascista. De acuerdo con esta visión, sólo los más aptos y mezquinos merecerán sobrevivir a la barra libre de la competencia global. Y, por último, el hundimiento del academicismo artístico ligado a la norma ha dejado la modernidad artística sin otro blanco de ataque que anteriores modernidades. El conflicto moderno entre vanguardia y tradición se ha visto sustituido por una sucesión de modas.

Marx acogía todas las perspectivas modernas aquí citadas, aunque la emancipación humana colectiva y el desarrollo económico eran lo fundamental para él. Sin embargo, lo que distinguía a Marx y al marxismo de otras corrientes del pensamiento moderno era su énfasis en el carácter contradictorio de la era moderna y en estas contradicciones y conflictos como su dinámica más importante.

Cuadro 2: Dialéctica marxiana de la modernidad capitalista

<i>Avance</i>	<i>Contradicción/Conflicto</i>
Individualización	Atomización, alienación
Desarrollo de la productividad	Explotación y polarización distributiva como excres-
	cencia de las relaciones de producción existentes
Extensión del capitalismo	Unificación y fortalecimiento proletario
Globalización	Revueltas antiimperialistas

Contra los proyectos liberales lineales de individualización, racionalización y crecimiento como bases de la «modernización», el marxismo estableció una perspectiva dialéctica de la emancipación, afirmando explícitamente que el capitalismo y el colonialismo eran formas de explotación así como de progreso. La perspectiva marxista también difería de la idea weberiana de racionalización de los mercados y las burocracias como «armazón de hierro». Las contradicciones de la modernidad, de acuerdo con Marx, eran precursoras del cambio radical. El movimiento obrero en los países capitalistas, el movimiento feminista socialista, los movimientos de liberación anticolonial y los países del socialismo «realmente existente», con independencia de sus defectos, se consideraban portadores de un futuro diferente, de un proyecto moderno de emancipación. Esta fe en el futuro quedó hecha pedazos en un sentido fundamental con la década de 1990.

El posmodernismo atacó todas las grandes narraciones de la modernidad, a la par que tendía a ignorar la concepción dialéctica del marxismo. Pero todos sus avances sociopolíticos, todas sus conquistas de espacio ideológico, estuvieron dirigidos contra la modernidad de izquierdas. Al mismo tiempo, una modernidad de derechas derrotaba a casi todos sus rivales conservadores tradicionalistas, con especial éxito en la Gran Bretaña de Thatcher; en efecto, el neoliberalismo puede ser considerado como una forma de modernidad tardía de la derecha y, tal y como se ha observado, los argumentos posmodernos apenas hicieron mella en ella. La revitalizada derecha estadounidense es una vívida ilustración de las actuales encrucijadas de la modernidad¹⁹. A la par que recluta a sus tropas de asalto entre los fundamentalistas cristianos, el tenor hegemónico de la derecha estadounidense es su «voluntad de abrazar el futuro», que percibe como algo propio²⁰. (La celebración teológica del éxito mundano por parte del evangelismo cristiano hegemónico facilita, por supuesto, este brebaje de modernidad secular y fundamentalismo religioso). Resulta significativo que, mientras el compromiso de la izquierda con la revolución social ha quedado acallado o mudo, la derecha estadounidense anuncia a bombo y platillo un «cambio de régimen».

La modernidad no ha quedado abandonada como postura intelectual. La han defendido teóricos tanto de la «Tercera Vía» como de la vieja extrema izquierda²¹. Dentro de un programa de investigación y edición de Suhrkamp que cuenta con una importante financiación, Ulrich Beck ha llegado a proclamar una «segunda modernidad». Pero en todo el espectro de la derecha a la izquierda, apenas se ha empezado a afrontar el verdadero desa-

¹⁹ Véase Göran Therborn, «Entangled Modernities», *European Journal of Social Theory* VI, 3, 2003.

²⁰ John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *The Right Nation*, Londres, 2004, pp. 346 ss.

²¹ Véase por ejemplo J. Habermas, *Der philosophische Diskurs der Moderne*, cit.; Alex Callinicos, *Against Postmodernism*, Cambridge, 1989; Ulrich Beck, Anthony Giddens y Scott Lash, *Reflexive Modernization*, Cambridge, 1994; Terry Eagleton, *The Illusions of Postmodernism*, Oxford, 1996.

fío sociopolítico. De hecho, *La sociedad del riesgo*, de Beck, un trabajo teórico fundamental de las últimas décadas, publicado originalmente en Alemania en 1986, sí que ofrecía una base posible para una nueva concepción de la modernidad: «se puede definir el riesgo como un modo sistemático de ocuparse de los peligros e inseguridades inducidos e introducidos por la propia modernización. Los riesgos [...] son reflexivos desde el punto de vista político»²². Ésta es una conceptualización social importante –partiendo del riesgo como concepto clave de la economía– que tuvo también resonancias políticas en círculos medioambientales. Sin embargo, la capacidad crítica de *La sociedad del riesgo* se ve reducida por dos características: en primer lugar, su ceguera sustancial ante lo que estaba sucediendo a la derecha del espectro político, el auge de una modernidad liberal de derechas –en un principio, con menos fuerza en Alemania que en el mundo anglosajón, pero triunfante políticamente mucho antes de su entronizamiento en la *Grosse Koalition*. En segundo lugar, el contenido institucional específico de la «nueva» (más tarde, «segunda») modernidad de Beck –la desaparición de la clase, el pleno empleo, el Estado-nación; la «liberación» de los individuos de las instituciones liberales– deja su perspicaz concepción de un marco temporal modificado expuesta a acusaciones de arbitrariedad en el criterio de selección, de poca fiabilidad empírica o de ambas.

El discurso posmoderno tiene algo importante que enseñarnos, pero habría que someterlo a una interpretación sintomática más que literal, como cuestionamiento de concepciones no dialécticas de la modernidad, como síntoma de la desorientación de la (ex) izquierda y como una forma de miopía hacia el mundo más allá del Atlántico Norte. La posmodernización del mundo sigue siendo muy desigual. Al paso desenfrenado del discurso estético, el posmodernismo podría incluso estar «superado», como una de sus anteriores publicistas planteó en un epílogo a la segunda edición de una de sus obras²³. En 2002, Jameson advirtió el fin del «acuerdo general» posmoderno y «el retorno y reestablecimiento [en los últimos años] de todo tipo de cosas viejas»²⁴. Bauman, sintonizado aún a edades avanzadas con las sirenas cambiantes de los tiempos, ha pasado a hablar aquí y allá de «modernidad líquida» en lugar de «posmodernidad»²⁵. A pesar de todo, las dos décadas de posmodernismo, las de 1980 y 1990, produjeron una fisura en el pensamiento social cultural, de por sí un síntoma de los tiempos político-económicos, que aún está por superar. El futuro como novedad, como diferencia, ha desaparecido tras la cortina de humo.

Mientras las críticas ecológicas y feministas a las visiones de crecimiento, desarrollo y progreso de la modernidad se han convertido en corrientes laterales importantes en los centros del capitalismo –con frecuencia incorpo-

²² Ulrich Beck, *Risk Society*, Londres, 1992, p. 21 (cursiva omitida) [ed. cast.: *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1998].

²³ L. Hutcheon, *The Politics of Postmodernism*, cit., p. 166.

²⁴ F. Jameson, *A Singular Modernity*, p. 1.

²⁵ Zygmunt Bauman, *Liquid Modernity*, Cambridge, 2000 [ed. cast.: *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005].

radas, bajo formas diluidas, en la corriente central del liberalismo ilustrado—, las críticas que han llegado del Tercer Mundo de lo que cabría llamar, con una reverencia de respeto al teórico social peruano Aníbal Quijano, la colonialidad de la modernidad o la colonialidad del nacionalismo anticolonial, apenas han conseguido penetrar las paredes de la teoría social del Atlántico norte. Éste siempre ha constituido un tema importante en el pensamiento indio, aunque por lo general en una alianza precaria pero operativa con el nacionalismo moderno, de la cual la cooperación entre Gandhi y Nehru es un ejemplo. En el Foro Social de Mumbai de 2004, había una pancarta principal que proclamaba «la gente no quiere desarrollo, sólo quiere vivir». Esto tenía cierto sentido para la multitud de movimientos sociales indios recientes que han enfrentado a gente local, a menudo «tribal», y a ecologistas contra la construcción de presas modernas y otros proyectos desarrollistas. Pero, a la vista de las terribles villas miseria de Mumbai, el ataque contra el desarrollismo resulta menos convincente.

Sin embargo, en un país como Bolivia, la colonialidad de la modernidad es más palpable, en la larga historia postindependencia del país, jalonda de políticas racistas y proyectos de «modernización» económica y cultural que dejaron a la mayoría indígena a la intemperie de la fría pobreza del *altiplano*. El programa de los actuales dirigentes electos de Bolivia, del presidente Evo Morales y el vicepresidente Álvaro García Linares, no es ni tradicionalista, ni moderno, ni posmoderno. Impresionante tanto desde el punto de vista intelectual como político, constituye un intento audaz de abrir camino a una modernidad alternativa, dibujando un nuevo sendero para el marxismo en los Andes.

En suma, podemos decir que la modernidad ha dado un giro a finales del siglo xx, pero en distintas direcciones: hacia la derecha; transformándose en posmodernidad; y hacia búsquedas teóricas y políticas de nuevas modernidades.

Definiciones

Tras haber dibujado los parámetros políticos y cultural-intelectuales más generales de la teorización social reciente, queda una pregunta preliminar más que hacer antes de pasar a considerar la actual configuración del terreno: ¿qué es la teoría social? La definición utilizada aquí considera que la teoría social está insertada entre dos polos ambiguos: por un lado, ofrece un marco explicativo exhaustivo de un conjunto de fenómenos sociales; y, por otro, «dota de sentido» a tales fenómenos. En otras palabras, se trata de una concepción ecuménica de la «teoría» que se aplica tanto a la explicación, más importante cuanto más amplia, como a la *Sinnstiftung*, la constitución del sentido.

Desde el punto de vista del polo de «creación de sentido», la relevancia de la filosofía en el triángulo marxista clásico de sociología, filosofía y política en la última época y la mucho mayor resistencia de aquella a la evo-

lución empírica han supuesto que las aportaciones de la filosofía social y política tengan una importancia particular para una perspectiva general de la teoría social reciente surgida de la izquierda. Desde el punto de vista del segundo polo, el de la sociología empírica, tal vez habría que reiterar que la teoría no es un campo separado o una subdisciplina, una forma de pensamiento de salón exenta de trabajo de investigación, sino la brújula que guía la investigación empírica. Ésta fue la perspectiva desde la que Pierre Bourdieu, por ejemplo, criticó las concepciones anglosajonas actuales de la teoría social²⁶. También se prestará atención a este tipo de teoría en la intervención científica.

Habría que subrayar de entrada que lo que sigue no es en absoluto una panorámica general de la producción intelectual de la izquierda contemporánea. Una definición estricta de teoría social, centrada en el presente, debe excluir el trabajo de historiadores y estudiosos de la historia intelectual y, por lo tanto, a algunas de las cabezas mejor dotadas de la izquierda internacional. Otro ámbito fructífero para la izquierda durante los últimos años ha sido el de la geopolítica y las relaciones interestatales, que ha producido un nuevo material de importancia sobre el imperialismo y el poder imperial; pero, de nuevo, esto supone poca teorización social en sentido estricto²⁷.

Ha habido maneras muy diferentes de actuar frente a los desafíos que la posmodernidad y la derecha neomoderna han planteado al pensamiento social de izquierdas. Sin tener en cuenta aquellos casos de huida efectiva del pensamiento radical, que quedan fuera del alcance de este artículo, rastrearé en primer lugar nuevas temáticas en las respuestas de estudiosos del ámbito de la izquierda y, luego, intentaré situar algunos cambios generales en sus posicionamientos teórico-políticos. Puesto que las restricciones de espacio no permiten ni exposiciones prolongadas ni análisis elaborados de estas variaciones, he optado por dibujar un mapa de carreteras del área, limitado fundamentalmente a Europa occidental y América del Norte.

II. MODOS DE RESPUESTA DESDE LA IZQUIERDA – TEMÁTICAS

El giro teológico de Europa

La evolución teórica más sorprendente en la filosofía social de izquierdas de la pasada década ha sido un nuevo giro teológico. Por lo general, esto no ha supuesto una adopción de la fe religiosa, aunque algunos antiguos intelectuales de la izquierda han llegado a afirmar un judaísmo etnorreli-

²⁶ Véase Pierre Bourdieu, *Réponses*, París, 1992, pp. 86, 136 ss.

²⁷ El anuario *Socialist Register* ha constituido un epicentro fundamental en este campo, publicando trabajos, entre otros, de Aijaz Ahmad, Noam Chomsky, Sam Gindin, Peter Gowan, David Harvey, Colin Leys, Leo Panitch, John Saul, Bob Sutcliffe y Ellen Wood.

gioso y es frecuente que haya alguna alusión a una relación personal particular, más allá de las creencias, con la religión o con un personaje religioso, como cuando Régis Debray escribe: «tres cosas han ocupado mi vida [como pensador], la guerra, el arte y la religión»²⁸. El giro teológico se manifiesta más bien en un interés erudito en la religión y en una utilización de ejemplos religiosos en la argumentación filosófica y política.

La obra principal en este sentido es la de Debray que, en *Le feu sacré* (2003) y *God. An Itinerary* (2004), ha volcado sus talentos literarios en investigaciones eruditas originales sobre las estructuras de las narraciones judeocristianas, los «procedimientos [religiosos] de memorización, sublimación y organización» y los focos de religión nuevamente activos en el mundo²⁹. Debray, sin embargo, desarrolló estos temas por primera vez en su *Crítica de la razón política* (1981/1983), como consideraciones sobre el inconsciente religioso en la política y en las formas políticas de lo sagrado, habiendo iniciado sus estudios religiosos en edad adulta con una biografía del Papa Gregorio VII, del siglo xi, mientras estaba en la cárcel acusado de ser un *guerrillero* revolucionario en la pequeña población boliviana de Camiri, donde los textos cristianos eran el único material de lectura no sometido a censura³⁰.

Alain Badiou, un ex maoísta todavía activo en la militancia de extrema izquierda, además de filósofo, hace también referencia a una antigua relación personal y poética con San Pablo, hacia el que dirige su atención en su «búsqueda de una nueva figura militante [...] llamada a suceder la instaurada por Lenin». Supuestamente, el apóstol de Badiou sentó los «fundamentos del universalismo» en su epístola a los Gálatas: «no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer»³¹. Slavoj Žižek, por su parte, desarrolla a partir del paralelismo entre Pablo y Lenin tres pares de guías: Cristo/Pablo, Marx/Lenin y Freud/Lacan. Pero su argumento fundamental en *On Belief* (2001) consiste en defender el auténtico valor ético de la fe incondicional –política más que religiosa– no haciendo ninguna concesión e incluyendo lo que Kierkegaard llamaba «la suspensión religiosa de la ética». La crueldad de Lenin y del fundamentalismo religioso radical se presenta así como algo admirable. El Libro de Job se ha convertido también en un tema de fascinación para Žižek, que lo considera «quizá la primera crítica moderna de la ideología»³². Mientras tanto, en *Imperio*, Michael Hardt y Antonio Negri presentan como ilustración de «la vida futura de la militancia comunista» el ejemplo religioso más afable de

²⁸ Régis Debray, *Le feu sacré*, París, 2003, p. 7.

²⁹ Régis Debray, *God. An Itinerary* [2001], Londres y Nueva York, 2004, p. 6.

³⁰ Régis Debray, *Critique of Political Reason* [1981], Londres, 1983, pp. 7 ss.

³¹ San Pablo, Epístola a los Gálatas 3:28, citado en Alain Badiou, *Saint Paul. The Foundation of Universalism*, Stanford, 2003, p. 9 [ed. cast.: *San Pablo. La fundación del universalismo*, Barcelona, Anthropos, 1999].

³² Slavoj Žižek y Glyn Daly, *Conversations with Žižek*, Cambridge, 2004, p. 161.

San Francisco de Asís³³. A su manera sobria, Jürgen Habermas también ha presentado sus respetos a la religión:

Mientras no se encuentren en el medio del discurso racional mejores palabras para lo que la religión puede decir, [la razón comunicativa] [...] coexistirá sobriamente con ésta, sin defenderla ni combatirla³⁴.

Habermas ha ido aún más lejos, dando la razón a quienes sostienen que su concepción del lenguaje y de la acción comunicativa «se alimenta del legado del cristianismo»³⁵. «Para mí, ninguno de los conceptos básicos de la ética filosófica [...] ha conseguido aprehender todas las intuiciones que encontraron ya una expresión más matizada en el lenguaje de la Biblia»³⁶.

Cuando la Unión Soviética se estaba desmoronando, el filósofo marxista alemán Wolfgang Fritz Haug, un admirador entregado de los intentos de reforma de Gorbachov, se sentó a leer la *Ciudad de Dios* de San Agustín en la versión original en griego, a saber, unas grandes reflexiones teológicas sobre la caída de Roma³⁷. La misma obra constituye un referente de Hardt y Negri, que con típicas acrobacias estilísticas presentan al Padre de la Iglesia junto con los *wooblies*^a estadounidenses de principios del siglo xx («desde esta perspectiva, la IWW es el gran proyecto agustiniano de la época moderna»)³⁸. Esta fascinación generalizada por la religión y por los ejemplos religiosos, fundamentalmente cristianos, puede tomarse como indicador de un clima cultural global, para el cual la posmodernidad parece un buen rótulo. Cuando la posibilidad de un futuro alternativo desaparece o se empaña, las raíces, la experiencia y los orígenes se vuelven importantes. Una educación europea clásica, un desarrollo en un medio no secular y una madurez a una distancia prudente de cualquier exigencia de fe convierten el cristianismo en una experiencia histórica natural hacia la que dirigir la mirada.

Futurismo estadounidense

En el mucho más religioso Estados Unidos, no parece registrarse en la izquierda ningún giro teológico equiparable. Allí, la Biblia ha seguido siendo más o menos monopolio de la derecha, aunque la izquierda afroamericana aun cuente con convincentes predicadores políticos, como Jesse Jackson, e intelectuales teólogos como Cornel West, que se califica a sí mismo de «cris-

³³ Michael Hardt y Antonio Negri, *Empire*, Cambridge (MA), 2000, p. 413 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2002].

³⁴ Jürgen Habermas, *Religion and Rationality*, Cambridge (MA), 2002, p. 24.

³⁵ *Ibid.*, p. 160.

³⁶ *Ibid.*, p. 162.

³⁷ Haug, comunicación personal.

^a Miembros de la organización multinacional estadounidense *Industrial Workers of the World* (IWW) [N. de la T.].

³⁸ M. Hardt y A. Negri, *Empire*, cit., p. 207.

tiano chejoviano»³⁹. Mientras los izquierdistas europeos están haciendo referencias a iconos cristianos del pasado, sus camaradas estadounidenses están mirando a un futuro aún más lejano, puesto que las perspectivas a corto plazo nunca han resultado muy halagüeñas para la izquierda norteamericana. Y, sin embargo, entre algunas de sus mejores cabezas, las expectativas de futuro han sobrevivido tanto a la embestida posmoderna como al hundimiento del comunismo y se han afirmado en un nuevo futurismo. Cabe constatar aquí dos corrientes destacadas, de las cuales la más sorprendente es un nuevo utopismo y, la segunda, un apocaliptismo sistémico.

En la última década, distintos pensadores radicales estadounidenses han dedicado su inteligencia crítica y sus energías creativas a la Utopía. Mientras esperamos que surjan nuevas formas de acción política, «no hay alternativa a la Utopía», tal y como lo expresó Fredric Jameson en una contribución magistral a este campo, en la que analizaba la fantasía utópica y la escritura utópica con la brillantez crítica, la erudición y el abanico galáctico de asociaciones que le caracterizan⁴⁰. La utopía desempeña una función política vital en la actualidad, insiste Jameson, «en la medida en que nos obliga precisamente a concentrarnos en la ruptura [utópica] en sí misma: una mediación de lo imposible, de lo irrealizable a título propio»⁴¹.

Jameson no es sino el exponente más reciente de un arco espectacular de utopismo estadounidense creativo, dentro del cual él se sitúa en un polo, centrándose en el «deseo» utópico, en su «disrupción» del futuro y su forma literaria, fundamentalmente la ciencia ficción. En un registro muy diferente, el sociólogo Erik Olin Wright lanzó, a principios de la década de 1990, el «Proyecto de Utopías Reales», una iniciativa colectiva a gran escala de ingeniería social radical sobre el tablero y de economía normativa formalizada; un «subgénero» diferente del de Jameson, pero no tanto como podría indicar el contraste entre sus estilos y referencias. Ambos están fascinados por la imaginación utópica, uno como analista de la ciencia *ficción*, el otro como escritor y promotor de *ciencia ficción* (social). Hasta la fecha, el Proyecto de Utopías Reales ha producido cinco libros, a la vez que el propio Wright está escribiendo una ambiciosa conclusión estratégica que propone una interpretación del socialismo «como una alternativa al capitalismo, como un proceso de incremento del poder social sobre el Estado y la economía», y se publicará bajo el título *Envisioning Real Utopias* [Imaginar utopías reales]⁴².

³⁹ George Yancy (ed.), *Cornel West. A Critical Reader*, Oxford, 2001, p. 347.

⁴⁰ F. Jameson, *Archaeologies of the Future*, Londres, 2006, p. XII [de próxima aparición: *Arqueologías del futuro*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo», Ediciones Akal, 2007].

⁴¹ *Ibid.*, p. 232.

⁴² Joshua Cohen y Joel Rogers (eds.), *Associations and Democracy*, Londres, 1995; John Roemer (ed.), *Equal Shares. Making market socialism work*, Londres, 1996; Samuel Bowles y Herbert Gintis (eds.), *Recasting Egalitarianism. New Rules of Accountability and Equity in Markets, States and Communities*, Londres, 1998; Archon Fung y Erik Olin Wright (eds.), *Deepening Democracy. Institutional innovations in empowered participatory governance*, Londres, 2003; Bruce Ackerman, Anne Alstott y Philippe Van Parijs (eds.), *Redesigning Distribution*, Londres, 2006; Erik Olin Wright, «Compass Points», *New Left Review* 41, septiembre-octubre, 2006.

Pese a su impresionante magnitud y a su postura de desafío de los vientos de la época, el estilo del proyecto puede resultar algo extraño, en particular a los ojos de los europeos noroccidentales. Las secciones económicas son clásicamente utópicas en sus evocaciones abstractas de una buena sociedad y en su abstención general de todo pensamiento estratégico sobre cómo se podría cambiar la sociedad existente. Y, sin embargo, a menudo son también extraordinariamente modestas, quizá incluso demasiado modestas, en sus objetivos. Así, John Roemer, por ejemplo, presenta un ingenioso proyecto de socialismo por cupones, una sociedad de mercado donde los derechos de propiedad se cifran en la posesión por parte de la ciudadanía adulta de cupones. Al mismo tiempo, el autor considera el sistema nórdico ya existente de redistribución a través de los impuestos demasiado radical como para emularlo: «dudo que nuestros ojos lleguen a ver que grandes sociedades heterogéneas voten a favor de una redistribución de la renta a través del sistema tributario de tanta magnitud como la que disfrutaban las sociedades nórdicas»⁴³. En otro volumen, dedicado a los programas de renta básica y a las «subvenciones participativas» para todos los adultos jóvenes, una voz crítica (también estadounidense) descubre a partir de una comparación con la Suecia realmente existente que: «hay que dar prioridad al Estado del bienestar plenamente desarrollado sobre la Renta Básica, porque éste consigue lo que la renta básica no: garantizar que determinadas necesidades humanas específicas estén cubiertas»⁴⁴. Desde el punto de vista del utopismo, el aspecto político más innovador del proyecto reside en la presentación y discusión, teórica y desde voces diferentes, de cuatro experimentos realmente existentes de democracia participativa local, que van desde Chicago a Bengala Occidental⁴⁵.

El geógrafo e historiador urbano David Harvey, ahora asentado en Nueva York, ha intentado también un audaz «utopismo dialéctico» en *Espacios de esperanza* (2000). Puede que la superación que propone de la brecha decimonónica entre la dialéctica histórica marxiana y las construcciones utópicas no convenza a todo el mundo que en un principio podría mostrarse receptivo hacia estas cuestiones. Aunque es posible que en la globalización con centro estadounidense reine la «confusión», las «discrepancias» entre las promesas ideológicas y el reparto económico o las «dificultades» creadas por las externalidades comerciales difícilmente constituyen contradicciones en el sentido marxiano de interdependencias que suponen incompatibilidades estructurales⁴⁶. Sin embargo, la «corrección»

⁴³ John Roemer, «A Future for Socialism», en J. Roemer (ed.), *Equal Shares. Making market socialism work*, cit., p. 37.

⁴⁴ Barbara Bergmann, «A Swedish-Style Welfare State or Basic Income? Which should have priority?», en B. Ackerman et al., *Redesigning Distribution*, cit., p. 141.

⁴⁵ Véase A. Rung y E. O. Wright, *Deepening Democracy. Institutional innovations in empowered participatory governance*, cit.

⁴⁶ David Harvey, *Spaces of Hope*, Edimburgo, 2000, pp. 193-194 [ed. cast.: *Espacios de esperanza*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 16», Ediciones Akal, 2003].

teórica es una cuestión menor aquí. Harvey, que sigue enorgulleciéndose de enseñar *El capital* de Marx, presenta algunos principios utópicos interesantes para un «arquitecto insurgente puesto a trabajar» y, a modo de apéndice, un paseo utópico de inspiración bellamyana por Baltimore en el año 2020, en torno al cual despliega una reflexión autocrítica⁴⁷. En una ocasión, el marxismo centroeuropeo, en sus horas más negras, produjo una obra maestra sobre el pensamiento utópico y la «conciencia anticipatoria», los tres volúmenes del *Principio de esperanza* de Ernst Bloch, publicados en Alemania en 1954, pero escritos mucho antes. En el contexto actual, sin embargo, el género no ha venido floreciendo del lado oriental del Atlántico.

En la década de 1990, cuando la mayor parte de la gente que discutía sobre «transiciones» estaba pensando en un giro del socialismo al capitalismo en la Europa oriental, llegó un mensaje desde Binghamton, Nueva York, que decía que el mundo estaba viviendo de hecho un paso del capitalismo a otra cosa, de índole aún incierta. «Vivimos en la transición de nuestro sistema-mundo existente, la economía-mundo capitalista, a otro u otros sistemas-mundo», proclamó Immanuel Wallerstein en *Utopistics*, una obra que definía su objetivo como «la evaluación sobria, racional y realista de los sistemas sociales humanos, las restricciones a lo que pueden ser y las zonas abiertas a la creatividad humana»⁴⁸.

Giovanni Arrighi, por entonces también en Binghamton, dirigió un proyecto de investigación paralelo, llegando a conclusiones parecidas aunque todavía más drásticas. A partir de su interpretación de la historia del sistema-mundo, Arrighi percibía tres resultados posibles de la «crisis en curso del régimen estadounidense de acumulación»⁴⁹. En primer lugar, que los «antiguos centros» pusieran fin a la historia capitalista «a través de la formación de un imperio mundial verdaderamente global»; en segundo lugar, que surgiera una nueva guardia que, sin embargo, careciera de las «capacidades de construcción del Estado y de organización de la guerra» necesarias, con lo cual, el «capitalismo (el “antimercado”) desaparecería»; y, en tercer lugar, que «la historia capitalista [...] llegara a su fin» desintegrada «bajo los horrores (o la gloria) de una escalada de violencia». Un elemento crucial del sistema-mundo, dentro de esta visión, es el rol de su potencia hege-

⁴⁷ Respecto a la rica fascinación norteamericana por las utopías, habría que tener también en cuenta el número de 2000 de la publicación anual *Socialist Register* sobre las «Utopías necesarias e innecesarias» y la cautivadora historia de las utopías Oriente-Occidente y de su transmisión a lo largo del siglo XX, *Dreamworld and Catastrophe*, de Susan Buck-Morss (Londres, 2000).

⁴⁸ Immanuel Wallerstein, *Utopistics*, Nueva York, 1998, pp. 35, 1-2 [ed. cast.: *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, México DF, UNAM, 2003]. Existe un proyecto de investigación colectiva que ha sintetizado ya la índole de la época en los mismos términos: véase *The Age of Transition. Trajectory of the World-System 1945-2025*, coordinado por Terence Hopkins e Immanuel Wallerstein, Atlantic Heights (NJ), 1996.

⁴⁹ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century*, Londres, 1994, pp. 355-356 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 3», Ediciones Akal, 1999].

mónica económica y política. El actual intérprete de tal papel, Estados Unidos, ha entrado en una decadencia irreversible desde la década de 1970. Al igual que en épocas pasadas, la actual expansión financiera del capitalismo es una expresión y un vehículo de una crisis profunda de la hegemonía del sistema-mundo existente. El capitalismo está amenazado por dos lados: por un fortalecimiento a largo plazo del poder de los trabajadores –a través de la desruralización y la proletarianización global– y por el debilitamiento de los Estados y de su capacidad para la protección del capital y la mediación social a resultas del descrédito y la deslegitimación del reformismo estatal (lo que Wallerstein denomina «liberalismo»).

De acuerdo con Wallerstein, el mecanismo principal por el cual los capitalistas han logrado limitar la «presión política» provocada por la tendencia histórica secular hacia el crecimiento de la fuerza de la clase obrera, a través de la democratización y de otros canales, ha sido «la deslocalización de determinados sectores a otras zonas de la economía mundo que están en áreas con un salario medio inferior». Pero «el problema en la actualidad es que, después de quinientos años, no quedan muchos lugares a los que marcharse»⁵⁰. Wallerstein está dando aquí un nuevo giro a la argumentación de 1913 de Rosa Luxemburg sobre la descomposición del capitalismo: «el capitalismo necesita de organizaciones sociales no capitalistas como marco para su desarrollo, [pero] avanza asimilando las propias y únicas condiciones que pueden asegurar su existencia»⁵¹. Luxemburg estaba pensando por entonces en las regiones no capitalistas como mercados de exportación necesarios y como suministradoras de productos alimenticios baratos.

Ninguna de estas tesis ha conseguido un acuerdo amplio, ni siquiera en la izquierda, a pesar del respeto intelectual general hacia sus autores. La argumentación más tangible, pero difícilmente la más convincente, es la afirmación de que la disminución del poder estadounidense tras su apogeo supone una crisis sistémica del capitalismo mundial. Las formulaciones posteriores de Arrighi han sido mucho menos apocalípticas y la perspectiva de una hegemonía postestadounidense se ha hecho más verosímil con el auge sostenido de China y la aparición de India como un actor principal. Aunque –desde Fernand Braudel– se sigue dando por sentada la apabullante importancia histórica de una carrera de relevos de las potencias hegemónicas capitalistas, en lugar de explicarla de manera irrefutable a los (aún) no convencidos, el trabajo comparativo de Giovanni Arrighi y Beverly Silver, *Caos y orden en el sistema-mundo moderno* (1999) sobre las transiciones de hegemonía concluye con un conjunto de propuestas sobre las posibles consecuencias de un nuevo cambio, sin predecir un fin nece-

⁵⁰ Immanuel Wallerstein, *The Decline of American Power. The US in a Chaotic World*, Londres, 2003, pp. 59, 228.

⁵¹ Rosa Luxemburg, *The Accumulation of Capital* (1913), Londres, 1963, p. 446 [ed. cast.: *La acumulación de capital*, Barcelona, Orbis, 1985].

sario del capitalismo⁵². Wallerstein persevera con su perspectiva de una transición de largo plazo, pero su foco analítico parece haberse centrado en la geopolítica global de los próximos veinte años y no en una extinción sistémica⁵³. En una línea equivalente, el libro reciente del economista egipcio Samir Amin, *Beyond US Hegemony?* (2006) constituye un sobrio análisis global con un pragmático programa geoestratégico de izquierdas. El único que ha dado el paso final del sistema-mundo capitalista a la geopolítica y la geoeconomía es el fallecido Andre Gunder Frank, hereje e iconoclasta erudito a lo largo de toda su vida: «lo mejor es que nos olvidemos de él [del capitalismo] y sigamos con nuestra investigación sobre la realidad de la historia universal»⁵⁴.

El desplazamiento de la clase

La clase, que antes figuraba entre los conceptos más importantes del discurso de izquierdas, se ha visto desplazada en los últimos años; en parte, irónicamente, por la propia derrota de esta última en la lucha de clases capitalista, pero también porque la evolución de la demografía postindustrial la ha apartado de su anterior centralidad teórica o geográfica. La clase sigue ahí, pero sin una morada segura y con su derecho filosófico a la existencia cuestionado. Su apariencia social se ha tornado prácticamente irreconocible tras haber sido arrojada a un ácido de política pura, como en la filosofía política de la hegemonía discursiva desarrollada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista* (1985), posiblemente la aportación intelectualmente más potente de la teoría política posmarxista. Así, por ejemplo, Laclau desestima la invocación que hace Slavoj Žižek a la clase y a la lucha de clases como «una mera sucesión de aseveraciones dogmáticas»⁵⁵. El «antagonismo» se convierte en el nuevo concepto central.

La filosofía política de Laclau se ha desarrollado ulteriormente en su último libro *On populist reason* (2005), que reúne su antiguo interés por el peronismo y por el populismo latinoamericano, su filosofía política pos-

⁵² Véase la discusión que hace Arrighi de la obra de Robert Brenner y David Harvey en «La economía social y política de la turbulencia global», *New Left Review* 20, mayo-junio de 2003, Madrid [ed. orig.: *Tracking Global Turbulence*, *NLR* 20]; «Comprender la hegemonía -1», *New Left Review* 32, marzo-abril de 2005; «Comprender la hegemonía -2», *New Left Review* 33, mayo-junio de 2005, Madrid [ed. orig.: «Hegemony Unravelling -1» y «Hegemony Unravelling -2», *NLR* 32 y 33].

⁵³ Por ejemplo, véase Immanuel Wallerstein, «Bienvenidos a la anarquía global», *New Left Review* 22, septiembre-octubre de 2003, Madrid [ed. orig.: «Entering Global Anarchy», *NLR* 22] y «La curva del poder estadounidense», *New Left Review* 40, julio-agosto de 2006, Madrid [ed. orig.: [título original: «The Curve of American Power», *NLR* 40] .

⁵⁴ Andre Gunder Frank, *ReOrient*, Berkeley, 1998, p. 352.

⁵⁵ Véase E. Laclau, «Structure, History and the Political» y S. Žižek, «Class Struggle or Postmodernism? Yes Please», en Judith Butler, Ernesto Laclau and Slavoj Žižek (eds.), *Contingency, Hegemony, Universality*, Londres, 2000 [ed. cast.: *Contingencia, hegemonía y universalidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003].

marxista y una inmersión más reciente en Lacan. En ocasiones de lectura densa, como filosofía no logra ofrecer ninguna herramienta para analizar los procesos reales de movilización social o para explicar diferentes resultados, ya sea desde el punto de vista «popular» o de «clase». Su contacto con el mundo extramuros se limita a algunas ilustraciones escogidas. Por otro lado, más allá del *Streit der Fakultäten*, hay mucho en la obra de Laclau que recompensa los esfuerzos por penetrar el velo en ocasiones tupido de la jerga. Aunque los pueblos y otras fuerzas sociales no se pueden construir al azar –límites que a una filosofía de la «lógica» social le cuesta encarar–, es importante tener presente que, tal y como señala Laclau, todas ellas, incluidas las clases, se movilizan discursivamente y que el éxito o fracaso de esta movilización es contingente; que el cambio social provocado por la resistencia o la insurrección tiene un momento político irreductible de articulación y liderazgo; y que las movilizaciones populares de los excluidos, los explotados o los desfavorecidos pueden adoptar distintas formas, también fascistas.

Etienne Balibar, antaño uno de los principales discípulos de Althusser, ha permanecido más cerca de la tradición marxista. Su importante ensayo de 1987, «¿De la lucha de clases a la lucha sin clases?», reeditado en 1997, no daba una respuesta a su propia pregunta en términos estrictamente posmarxistas. Aunque insistía en una «universalidad del antagonismo» de carácter más general, Balibar llegaba también a la conclusión de que «la lucha de clases puede y debe ser pensada como *una* estructura determinante, que cubre *todas* las prácticas sociales, sin ser por ello la *única*».⁵⁶

A la reciente filosofía de la lucha sin clases le corresponde la sociología de las clases sin lucha. La clase está bien fundamentada, en parte gracias al mordiente analítico y la tenacidad empírica de John Goldthorpe, en tanto que concepto central de los estudios de movilidad intergeneracional, que se han convertido en una subdisciplina técnicamente avanzada pero intelectualmente aislada. En tanto que categoría de la distribución, la clase conserva su lugar en la sociología. El discurso sociológico estadounidense estándar acerca de la distribución y la desigualdad siempre hace referencia a la «clase, el género y la raza», en orden alfabético y no alfabético. Una de las principales revistas estadounidenses sobre salud pública, que cuenta no obstante con un director español (Vicenç Navarro), con sede en la universidad Johns Hopkins, *The International Journal of Health Services*, dedica una atención constante y sistemática a las dimensiones de clase de la (mala) salud y la mortalidad.

Sin embargo, todavía no se ha llevado a cabo un análisis de clases global que puedan equivaler a los numerosos mapas de clase producidos por los marxistas de las décadas de 1960 y 1970, de tal suerte que estas descripciones anteriores bien podrían verse puestas seriamente en tela de jui-

⁵⁶ Étienne Balibar, *La crainte des masses*, París, 1997, p. 242, cursiva en el original.

cio⁵⁷. La rearticulación de la clase con la raza y la nación, que quedó suspendida en gran parte tras la generación de Lenin y Otto Bauer, es un avance teórico; pero ahora el hincapié es muy distinto⁵⁸. La clase, y la emancipación de clase, ya no son preocupaciones centrales en comparación con el «racismo contemporáneo». En un análisis dotado de la incisividad de la que suele hacer gala, Balibar ha demostrado la posición sorprendentemente subdesarrollada que ocupa el proletariado en *El capital*, pero no llega a plantearse este problema como un desafío; su análisis social contemporáneo se ha centrado más bien en las cuestiones de la nación, la frontera, la ciudadanía, Europa⁵⁹. Por otra parte, la avalancha posmoderna ha terminado en gran medida con las articulaciones feministas del sexo y el género con la clase; a modo de ejemplo característico, una panorámica reciente de la «tercera ola del feminismo» no hace ninguna referencia a la clase⁶⁰.

Europa aportó los orígenes de la teoría de clase así como de la movilización y la política de clase explícitas; sus movimientos de clase obrera se convirtieron en modelos para el resto del mundo. Europa todavía cuenta con partidos importantes que afirman representar al trabajo, mientras que los sindicatos siguen siendo una fuerza social de peso. No obstante, en términos de análisis y teoría social, la clase está invernando mejor en Norteamérica. La obra de Erik Olin Wright ha desempeñado un papel central a la hora de garantizar una ubicación legítima para el análisis marxista de clase dentro de la sociología académica. Con el enfoque elegante que es el suyo, una reciente contribución estructura la cuestión en los siguientes términos: si la clase es la respuesta, ¿cuál es la pregunta? Wright discierne seis tipos de cuestiones que frecuentemente incluirán la «clase» como parte de sus respuestas:

1. *Ubicación distributiva*: ¿cómo están objetivamente ubicadas las personas en distribuciones de desigualdad material?
2. *Grupos subjetivamente destacados*: ¿qué explica cómo se ubica subjetivamente la gente a sí misma y a los demás, individual y colectivamente, dentro de una estructura de desigualdad?
3. *Oportunidades vitales*: ¿qué explica las desigualdades en lo que atañe a oportunidades vitales y niveles de vida?

⁵⁷ No obstante, véase, por ejemplo, Kees van der Pijl acerca de las relaciones de clases en el Atlántico Norte, *Transnational Classes and International Relations*, Londres, 1998; Leslie Sklair, *The Transnational Capitalist Class*, Oxford, 2001; y Beverly Silver acerca de la clase obra, *Forces of Labor*, Cambridge, 2003 [ed. cast.: *Fuerzas de trabajo. los movimientos obreros y la globalización desde 1870*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 31», Ediciones Akal, 2005].

⁵⁸ E. Balibar e I. Wallerstein, *Race, nation, classe*, París, 1988 [ed. cast.: *Raza, nación, clase*, Madrid, IEPALA, 1991].

⁵⁹ E. Balibar, *La crainte des masses*, cit., pp. 221-250; *Politics and the Other Scene*, Londres, 2002; *We, the People of Europe?*, Princeton, NJ, 2004 [ed. cast.: *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa? Las fronteras, el Estado, el pueblo*, Madrid, Tecnos, 2003].

⁶⁰ Stacy Gillies, Gillian Howie y Rebecca Munford, *Third Wave Feminism*, Basingstoke, 2004.

4. *Conflictos antagonistas*: ¿qué divisiones sociales moldean sistemáticamente los conflictos manifiestos?
5. *Variación histórica*: ¿cómo debemos caracterizar y explicar las variaciones históricas de la organización social de las desigualdades?
6. *Emancipación*: ¿qué tipos de transformación son necesarios para eliminar la opresión y la explotación dentro de las sociedades capitalistas?⁶¹.

Wright define entonces su propio trabajo y en términos generales el del marxismo en tanto que encaminado a dar una respuesta a la última pregunta, mientras que otros enfoques están gobernados por el resto. Sin embargo, la cuestión está formulada de un modo extraordinariamente oblicuo. No se trata, por ejemplo, de preguntar: ¿qué proceso social resulta decisivo para la eliminación de la opresión y la explotación capitalistas? La respuesta del marxista clásico a la pregunta ha sido: lucha de clases. Ni: ¿cuáles son las principales fuerzas que, por un lado, mantienen, y, por el otro, son capaces de cambiar y poner fin a la opresión y explotación capitalistas? A lo que los marxistas han respondido, respectivamente, la burguesía (o la clase capitalista) y la clase obrera.

La literatura reciente disponible sobre las luchas de clases en el mundo suele proceder de Norteamérica. Ejemplos relevantes al respecto serían el estudio, teóricamente innovador, de Beverly Silver, *Fuerzas de trabajo*, o la panorámica de la clase obrera mundial publicada en *Socialist Register 2002*. Una cuestión decisiva para el futuro del capital y el trabajo en el mundo es la de la fuerza y la capacidad potenciales de las nuevas masas de trabajo urbano en China, India y otros grandes países asiáticos.

Salidas del Estado

En las décadas de 1960 y 1970, el Estado era uno de los principales objetos en disputa dentro de la teoría marxista. Su carácter actual –más crudamente capitalista– puede haberlo eliminado de la frontera de la curiosidad intelectual, y buena parte de ese interés se ha evaporado, aunque los análisis críticos posmarxistas de Claus Offe constituyen una excepción importante⁶². Sin embargo, ha habido muchas salidas diferentes del Estado.

En primer lugar, podríamos distinguir el paso del análisis del Estado capitalista nacional, y sus modos de dominación de clase, a la red global. Bajo el supuesto de que el Estado-nación, o al menos su «soberanía», ha perdido importancia, el interés político se ha vuelto hacia la globalización y las redes globales «imperiales». En la medida en que ello implica un abandono del «nacionalismo metodológico»⁶³, el desplazamiento está justificado.

⁶¹ Erik Olin Wright (ed.), *Approaches to Class Analysis*, Cambridge, 2005.

⁶² Claus Offe, *Modernity and the State*, Cambridge, 1996.

⁶³ Ulrich Beck, *Macht und Gegenmacht im globalen Zeitalter*, Frankfurt, 2002, cap. 2.

Sin embargo, hasta el momento los alegatos más audaces acerca de la pérdida de soberanía estatal no han estado correctamente argumentados desde el punto de vista empírico. ¿Qué era la soberanía nacional hace cien años, en África, Asia, América Latina? ¿Hasta qué punto eran soberanos los entonces nuevos Estados balcánicos? ¿No eran los límites estatales de desplazamiento y migración mucho más porosos hace un siglo que hoy? Tampoco puede entenderse correctamente la situación mundial actual si previamente no se investiga seriamente la posición y la capacidad del Estado nación estadounidense. ¿Un análisis global de los Estados contemporáneos resultaría acaso más provechoso que centrarse en un planeta sin Estado? No es éste el lugar para responder a estas cuestiones, pero sí para levantar acta de que la cuestión no ha sido objeto ni de una respuesta ni de un planteamiento correctos, a raíz del desplazamiento dominante del centro de gravedad teórico.

Otro alejamiento respecto al Estado ha acarreado un giro hacia la sociedad civil, en tanto que base para la oposición al dominio autoritario y, en las visiones más utópicas, en tanto que emplazamiento óptimo de nuevas construcciones sociales⁶⁴. El viejo concepto –cuya diferencia respecto al Estado se remonta a Hegel– fue reactualizado por parte de la disidencia anticomunista, en los últimos años de la descomposición del comunismo del Este de Europa. No tardó en ser objeto de una recepción mundial, tanto por la derecha como por la izquierda, en tanto que referencia para muchos movimientos y esfuerzos diferentes en pos de una autonomía ciudadana. En Europa del este, el discurso de la sociedad civil desempeñó además la función de evitar toda discusión seria acerca de la economía política y la restauración del capitalismo hasta que este último fue un *fait accompli*. El concepto ha conocido una carrera programáticamente idealista, en lugar de promover el análisis de las variables de sociabilidad, asociación y conflictos colectivos.

Una tercera salida de la teoría del Estado vino de la mano de los ámbitos más abstractos de la filosofía política. La autonomía o la especificidad de lo político, en relación con los modos de producción y las estructuras de clase, ha sido un tema central de varios pensadores importantes. Un trabajo seminal a este respecto fue, una vez más, *Hegemonía y estrategia socialista*, de Laclau y Mouffe, con su tratamiento sofisticado del clásico problema de la filosofía política en torno al universalismo y el particularismo, y su sustitución discursiva de la lucha de clases por las luchas hegemónicas de los intereses particulares. Desde fuentes de inspiración filosófica completamente diferentes, la magnífica teoría de la acción comunicativa de Habermas presentaba un programa normativo de una política dialógica universalista⁶⁵.

⁶⁴ John Keane, *Democracy and Civil Society*, Londres, 1988 [ed. cast.: *Democracia y sociedad civil*, Madrid, Alianza, 1992].

⁶⁵ J. Habermas, *The Theory of Communicative Action*, dos volúmenes, Boston, MA, 1984-1987 [*Teoría de la acción comunicativa. Complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra, 1989]. En una interesante abstención de la argumentación, Laclau y Mouffe rechazan el ideal habermasiano de una esfera pública no excluyente basada en la argumentación racional en

Los antiguos discípulos de Louis Althusser han hecho nuevas contribuciones dignas de mención a la filosofía política radical⁶⁶. Balibar, el más cauteloso y tal vez el más influyente de ellos, ha aportado cualificadas lecturas textuales acerca de la filosofía política premarxiana (Spinoza, Rousseau, Locke, Fichte), pero también de la teorización política de los antagonismos violentos. Además de la política de emancipación y transformación de la izquierda tradicional, Balibar ha reflexionado sobre una política de «civilidad», que regule el «conflicto de las identificaciones»⁶⁷. En este caso, la violencia se presenta más físicamente tangible y con un significado más ambiguo, e incluso sospechoso, y no con aquella forma catártica sobre la que escribirían Sartre y Fanon.

Aunque su proyecto político anticapitalista es muy explícito, y su erudición filosófica evidente, la filosofía política de Slavoj Žižek se presenta más como una postura que como una deducción razonada. Escritor compulsivamente productivo y formidable polemista, dotado de una provisión aparentemente inagotable de *aperçus* cinematográficos y de otros ámbitos de la cultura contemporánea, Žižek se ha convertido en una figura emblemática de la iconoclastia radical contemporánea. Su origen en la Eslovenia de la era de Tito, donde fue un antiguo comunista que se hizo disidente anticomunista, le proporciona una formación política de izquierda clásica y al mismo tiempo credenciales liberales impecablemente respetables. Esta combinación ha hecho de Žižek el único leninista que cuenta con admiradores occidentales en los últimos años⁶⁸. Como sucede con la mayor parte de los filósofos radicales de hoy en día, el proyecto anticapitalista de Žižek es muy impreciso; esto ha provocado un agrio intercambio entre él y Laclau, en el que se acusan mutuamente que sostener un proyecto político que no significa «nada en absoluto»⁶⁹. Más digna de mención es una ambivalencia reconocida en la posición política de Žižek. Su fascinación por Lenin se acompaña de una admiración análoga por el «conservador auténtico», como los *torjes* del Imperio británico que suscitaron la admiración de Kipling, al que no le asustaba el «imprescindible trabajo sucio»⁷⁰. Cabe añadir que mientras los (pos)marxistas han hecho novillos en la escuela del Estado, encontramos excelentes contribuciones al análisis de la forma-

tanto que «imposibilidad conceptual». ¿Una tiranía de conceptos? Véase E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, segunda edición, Londres, 2000, p. xvii [ed. cast.: *Hegemonía y estrategia socialista. hacia la radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1987]

⁶⁶ Jacques Rancière, *Aux bords du politique*, París, 1990; E. Balibar, *Masses, Classes, Ideas*, Nueva York y Londres, 1994; A. Badiou, «Politics and Philosophy. An Interview with Alain Badiou», apéndice de *Ethics*, Londres, 2001.

⁶⁷ E. Balibar, *La crainte des masses*, cit., cap. 1.

⁶⁸ S. Žižek (ed.), *Revolution at the Gates*, Londres, 2002 [ed. cast.: *Repetir Lenin*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 29», Ediciones Akal, 2004].

⁶⁹ E. Laclau, «Structure, History and the Political», en *Contingency, Hegemony, Universality*, cit., p. 206; S. Žižek, «Holding the Place», en *ibid.*, p. 321.

⁷⁰ S. Žižek, *The Ticklish Subject*, Londres, 1999, p. 236 [ed. cast.: *El sujeto espinoso*, Buenos Aires, Paidós, 2005]; G. Daly y Z. Žižek, *Conversations with Žižek*, cit., pp. 50-51.

ción de los Estados-nación europeos desde distintas perspectivas en Michael Mann y Charles Tilly⁷¹.

El retorno de la sexualidad

La distinción entre sexo (biológico) y género (social) fue elaborada por primera vez por Ann Oakley en 1972, y la cuestión de la construcción y la transformación del género constituyó uno de los principales focos de interés teórico para los feminismos socialista e institucional en las décadas de 1970 y 1980⁷². Sin embargo, el carácter evidente del sexo ha sido puesto en tela de juicio en los últimos años, en ocasiones con modalidades similares a las que encontramos en la puesta en tela de juicio de toda demostración no discursiva de la clase. La reafirmación intelectual de la sexualidad ha venido de la mano de la filósofa estadounidense Judith Butler —«el sexo mismo es una categoría de género»⁷³— y de teorizaciones procedentes del campo de batalla de la filosofía y el psicoanálisis francés⁷⁴. La propia Oakley ha admitido la insostenibilidad de la distinción sexo-género⁷⁵. Desde el punto de vista político, el carácter evidente del sexo se ha visto poderosamente desafiado por la homosexualidad autoafirmativa. Esta última ha cobrado una cierta presencia específica en la academia anglosajona bajo la bandera de la «teoría *queer*».

La irrupción del postmodernismo literario-filosófico en el discurso feminista rompió la mayor parte de los vínculos entre la teoría feminista y la izquierda que quedaban recogidos en lo que se conoció como feminismo socialista⁷⁶. Las feministas escandinavas, ligadas a problemáticas relativas al Estado del bienestar, vivieron traumáticamente el encuentro con el feminismo posmoderno⁷⁷. La teórica literaria cosmopolita Toril Moi se ha visto obligada a explicar «qué es una mujer» a los ambientes feministas académicos que se mostraban aparentemente desorientados al respecto⁷⁸. No obstante, también resulta sorprendente que el feminismo sea hoy más relevante que la izquierda en el mundo euroamericano.

⁷¹ Michael Mann, *The Sources of Social Power*, vol. II, Cambridge, 1993 [ed. cast.: *Las fuentes del poder social*, Madrid, Alianza, 2000]; Charles Tilly, *Coercion, Capital and European States, AD 990-1990*, Oxford, 1990 [ed. cast.: *Coerción, capital y los Estados europeos*, Madrid, Alianza, 1992].

⁷² Ann Oakley, *Sex, Gender and Society*, Londres, 1972 [ed. cast.: *La mujer discriminada. biología y sociedad*, Barcelona, Debate, 1977].

⁷³ Judith Butler, *Gender Trouble*, Nueva York, 1990, p. 7 [ed. cast.: *El género en disputa*, Buenos Aires, Paidós, 2002].

⁷⁴ Kelly Oliver, *French Feminism Reader*, Oxford y Nueva York, 2000; Dani Cavallaro, *French Feminist Theory. an introduction*, Londres y Nueva York, 2003.

⁷⁵ Ann Oakley, «A Brief History of Gender», Ann Oakley y Juliet Mitchell (eds.), *Who's Afraid of Feminism*, Londres, 1997, pp. 29-55.

⁷⁶ Véase *ibid.* Para una explicación materialista global del sexo, el género y las relaciones reproductivas en el último siglo, véase Göran Therborn, *Between Sex and Power. Family in the World, 1900-2000*, Londres, 2000.

⁷⁷ Hildur Ve y Karin Waerness, comunicación oral.

⁷⁸ Toril Moi, *Sex, Gender and Body*, Oxford, 2005.

El retorno de la sexualidad también es manifiesto en la filosofía marxista y posmarxista actual, con su entusiasta preocupación por el psicoanálisis. Žižek recibió una formación lacaniana; los últimos trabajos de Laclau sobre el populismo se interesan mucho por el *petit objet à* lacaniano y otros temas del maestro. En los últimos tiempos, Balibar ha seguido los pasos de su maestro, Althusser, con estudios sobre Freud y Lacan, por ejemplo en sus «Tres conceptos de la política»; aunque de un modo precavido y selectivo⁷⁹.

Homenaje a las redes

La teoría sociológica clásica del siglo XIX se centraba en los modos de conectividad social, distinguiendo entre «asociación» y «comunidad». La sociología de mediados del siglo XX se concentró en el «grupo», ya fuera «primario» o «secundario», y las organizaciones. Recientemente, la *red* ha sustituido al concepto de estructura o de organización en la teoría social. El análisis de la conectividad social en términos de red tiene sus orígenes en la psicología social, sobre todo en los estudios «sociométricos» de las amistades en el medio escolar, y en los estudios de comunidades de la posguerra realizados por antropólogos y sociólogos de la familia. El concepto fue utilizado también en estudios estadounidenses acerca de la difusión de las ideas. Desde la década de 1960 en adelante, fue utilizado para desarrollar modelos matemáticos de acceso, difusión y estructuras de poder en un número creciente de áreas, desde las cadenas de puestos vacantes a los contactos sexuales y los modelos de ciudad global. Las figuras teóricas clave han sido Harrison White y sus estudiantes⁸⁰. La idea de la red llegó al gran público en la década de 1980 gracias a los estudios sobre gestión empresarial que intentaban aferrar y generalizar el éxito de Toyota y otras corporaciones japonesas. El interés adicional se vio estimulado, por supuesto, por la revolución electrónica e Internet. Michael Mann atribuyó una importancia crucial al concepto «redes de interacción» que utilizó, sin embargo, de forma imprecisa en su monumental obra acerca del poder, con la intención de evitar toda idea sistemática o limitada de «sociedad»⁸¹.

Las redes son más holgadas y más abiertas tanto a los grupos como a las organizaciones; se centran en los actores individuales y en sus recursos, antes que en las colectividades constituidas; forman canales para los mercados, así como para las burocracias, los movimientos y las clases. En cuanto tales, las redes son conexiones sociales sumamente importantes, que vinculan entre sí sistemas sociales complejos y que presentan puntos de unión imprecisos. Su salida al centro del escenario de la teoría y el análisis social contemporáneos debe considerarse no sólo como el resul-

⁷⁹ E. Balibar, *Masses, Classes, Ideas*, cit., cap. 7; y *Politics and the Other Scene*, cit.

⁸⁰ Harrison White, *Identity and Control*, Princeton, 1992; James Rule, *Theory and Progress in Social Science*, Cambridge, 1997, cap. 5.

⁸¹ Michael Mann, *Sources of Social Power*, cit.

tado de un descubrimiento intelectual, sino también como un indicador de relaciones sociales cambiantes. Fue el sociólogo posmarxista Manuel Castells el que articuló la «sociedad red» en un trabajo magistral de análisis social, que parte de las nuevas concepciones de la gestión empresarial y de las tecnologías de la información, sin intentar ponerlo en relación con la teoría sociológica anterior⁸². Desde entonces se ha convertido en un concepto analítico clave en la influyente empresa neomarxista de Hardt y Negri, con *Imperio* (2000) y *Multitud* (2004); tanto la soberanía global como su oposición son presentadas como poderes en red. Por otra parte, aunque tiene una importancia decisiva en las teorías sociales posmarxistas y neomarxistas más recientes, la «red» en cuanto tal no tiene una afiliación política. Tampoco ha sido sometida a una crítica analítica, que examine su perspicacia relativa y los límites de su indudable productividad. Se trata de un concepto que continúa disfrutando de su luna de miel ajeno a toda preocupación.

Economías políticas

El «marxismo occidental» europeo siempre ha contemplado la economía política desde una cierta distancia, de ahí que no resulte sorprendente que esa distancia se haya ensanchado en las últimas décadas. Continúa habiendo excepciones a esta regla, entre las que han de contarse los análisis de la economía mundial desde una perspectiva ecológica de Elmar Altvater⁸³. Hasta su muerte prematura hace unos años, Egon Matzner continuó la clásica tradición marxista centroeuropea del análisis económico. En cambio, el radicalismo anglosajón, siempre ha incluido una sólida corriente de crítica de la economía política, marxista y no marxista. Mientras que el compromiso, enérgico y convincente, con la economía liberal por parte de los neorricardianos de izquierda británicos de la década de 1960 —el debate acerca de la teoría del capital entre Cambridge (Inglaterra), y Cambridge (Massachusetts)— no parece haber dado pie a ninguna invasión duradera del dominio y la confianza en sí mismo del liberalismo, la economía política radical en el mundo anglosajón sigue siendo muy productiva. Sus principales logros en los últimos años han tendido a ser el fruto de fertilizaciones cruzadas creativas entre disciplinas, entre la economía y la historia, la economía y la ciencia política, la economía y la filosofía.

El análisis de los sistemas mundo, iconoclasticamente heterodoxo, ha sido una de las fuerzas vitales del análisis social crítico. Desarrollado desde mediados de la década de 1970 por Wallerstein y otros, y en la actualidad extendido en nuevas direcciones por Arrighi, también ha servido de estí-

⁸² Manuel Castells, *The Information Age. Economy, Society and Culture*, 3 volúmenes, Maiden, MA y Oxford, 1996-1998 [ed. cast.: *La era de la información. economía, sociedad y cultura*, Madrid, Alianza, 2000].

⁸³ Por ejemplo, Elmar Altvater, *Der Preis des Wohlstands oder Umweltplünderung und neue Welt(un)ordnung*, Münster, 1992.

mulo a otros estudiosos exteriores, y a menudo en desacuerdo con la escuela. Aunque en un principio fue promovido por sociólogos, el análisis es predominantemente económico e histórico, mientras que su atención a las relaciones de poder globales añade una dimensión política crucial. Hasta la fecha, ha demostrado ser un enfoque mucho más fructífero que las recientes inmersiones en las teorías de la globalización. Con un sentido único de los límites del yo en la historia, Wallerstein siempre ha advertido a sus seguidores y colaboradores de la próxima desaparición del proyecto; el fundamento de su predicción era, precisamente, su grado de aceptación, y su reconocimiento implícito como análisis global⁸⁴. Cabría añadir que, una vez que las dimensiones planetarias han sido reconocidas como un punto central de interés para el análisis social, o a decir verdad como el más importante, cabe esperar un aumento del número de diferentes enfoques de los estudios globales.

Ya hemos tratado más arriba las tesis de Arrighi y Wallerstein acerca del final inminente del capitalismo. Otras dos combinaciones, mucho más prácticas, de economía e historia evitan las tesis o las especulaciones relativas a los cambios de época vinculados a desplazamientos de poder mundial. Robert Brenner, que adquirió celebridad con un estudio acerca de los orígenes del capitalismo tan sorprendente e iconoclasta como para dar lugar al llamado «debate Brenner», ha llevado a cabo ahora una historia económica del capitalismo avanzado de postguerra, *The Economics of Global Turbulence* (2006)⁸⁵. En este caso, el motor de la fuerza analítica –que impulsa el análisis a través de una rica variedad de detalles empíricos y de sus vicisitudes temporales– es la tendencia al exceso de capacidad y al descenso de la tasa de beneficio. Desde Oxford, Andrew Glyn ha ofrecido una panorámica sucinta y bastante legible del desarrollo capitalista más reciente y de sus efectos sobre el bienestar humano⁸⁶. Brenner prevé la turbulencia constante; Glyn ve perspectivas menguantes para los trabajadores de los países ricos y termina poniendo en tela de juicio el significado de un mayor crecimiento, decidiéndose por esa curiosa utopía de la resignación, la «renta básica».

Un reciente y muy ambicioso proyecto en Santa Fe pretende presentar una economía política radical reuniendo las ciencias políticas y económicas. Hasta el momento, su resultado principal lo constituye *Globalization and Egalitarian Redistribution*, editado por Pranab Bardhan (economista en Berkeley), Samuel Bowles (economista y director del Programa de Ciencias de la Conducta en el Santa Fe Institute), y Michael Wallerstein (profesor de ciencia política en Yale). A pesar de todas sus ecuaciones y diagra-

⁸⁴ Immanuel Wallerstein, «The Rise and Future Demise of World-Systems Analysis», *Review* XXI, 1, 1998.

⁸⁵ Véase T. H. Aston y C. H. E. Philpin (eds.), *The Brenner Debate*, Cambridge, 1985 [ed. cast.: *El debate Brenner. Estructura de clase agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1988]; Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence*, Londres, 2006 [de próxima aparición: *Teoría económica de la turbulencia global*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo», 2007].

mas, las «lecciones» de la obra acerca de las posibilidades de políticas redistributivas bajo restricciones globales –bastante sólidas, a juicio de los editores– bien pudieran no resultar tan novedosas. Sin embargo, es digna de mención por otros dos motivos: en primer lugar, el poder de su modelo político-económico, del que uno de los participantes, Adam Przeworski, es un maestro con anterioridad vinculado a un enfoque explícitamente marxista; y, en segundo lugar, el generoso respaldo del mundo oficial con el que cuenta –de manos de la fundación Russell Sage– para un proyecto acerca de la «La desigualdad persistente en un mundo competitivo».

El principal experto en la articulación de la política y la filosofía es probablemente Amartya Sen, pero ha habido muchos puntos de contacto entre la filosofía analítica y la economía analítica. El giro de John Roemer desde la economía matemática *maoisante* a la «ética económica radical» –desde *A General Theory of Exploitation and Class* (1982) a *Theories of Distributive Justice* (1996)– es una trayectoria interesante y sigue siendo, desde un punto de vista de izquierdas, honrosa. La economía y la sociología aparecen reunidas en *Les structures sociales de l'économie*, uno de los últimos trabajos importantes de Pierre Bourdieu. Una penetrante investigación del mercado de la vivienda francés que despliega algunos de sus conceptos principales, como el «habitus» de disposiciones y el «campo» de fuerzas y conflictos, tanto en la investigación empírica como en una crítica teórica de carácter general⁸⁷. En *Banking on Death* y en *Age Shock. How Finance is Failing Us*, Robin Blackburn ha llevado a cabo una ambiciosa reexposición, desde una perspectiva de centro izquierda, de una estrategia de pensiones para una sociedad en proceso de envejecimiento, que se apoya en la propuesta de un impuesto sobre las carteras de acciones de las corporaciones para financiar el desarrollo social⁸⁸.

La economía política también incluye lo que se suele etiquetar como «economía institucional», no marxista pero por regla general de centro izquierda. Muchos de sus clásicos modernos están ahora sumergidos bajo la lava neoliberal: Ragnar Frisch, Gunnar Myrdal, Jan Tinbergen. Pero bajo el panteón sigue habiendo una vibrante subcultura de economía crítica institucional; en sus principales centros, Gran Bretaña y Francia, continúa situándose dentro de la economía, pero aprovecha también elementos de encuesta sociológica. En Francia, la principal corriente ha sido la «escuela de la regulación»; entre sus representantes centrales se cuentan Michel Aglietta, Robert Boyer y Antoine Rebérioux⁸⁹. En Gran Bretaña, el posmar-

⁸⁶ Andrew Glyn, *Capitalism Unleashed*, Oxford, 2006.

⁸⁷ Pierre Bourdieu, *Les structures sociales de l'économie*, París, 2000 [ed. cast.: *Las estructuras sociales de la economía*, Barcelona, Anagrama, 2003].

⁸⁸ Robin Blackburn, *Banking on Death*, Londres, 2002; *Age Shock. How Finance is Failing Us*, Londres, 2006.

⁸⁹ Michel Aglietta y Antoine Rebérioux, *Corporate Governance Adrift*, Cheltenham, 2005; Robert Boyer e Yves Saillard (eds.), *Théorie de la régulation*, París, 1995 [ed. cast.: *La teoría de la regulación*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1992]; J. Rogers Hollingsworth y Robert Boyer (eds.), *Contemporary Capitalism. The Embeddedness of Institutions*, Cambridge, 1997.

xista Geoffrey Hodgson ha vuelto a considerar las relaciones entre la economía y la historia, así como la teoría evolutiva⁹⁰.

III. EL REPERTORIO DE POSICIONES

La teoría social sigue estando relacionada —o, en efecto, comprometida— con posiciones políticas específicas, y una historia sociológica del campo debe dar cuenta de las mismas, evitando al mismo tiempo el doble peligro de la apología y la denuncia. La siguiente exposición distingue dos polos, en referencia a los cuales podría localizarse la política reciente del pensamiento de izquierda. Uno es teórico: Marx y el marxismo, en tanto que tradición intelectual. El otro es político: el socialismo, cuyo objetivo es un orden social marcadamente diferente del capitalismo. («Socialismo» se utiliza también en sentidos más latos, que aquí no serán tenidos en cuenta). Los dos ejes forman un sistema de coordenadas, que pueden desplegarse como un dispositivo heurístico para la indagación; sin embargo, los resultados no deberían considerarse como un catálogo de posiciones permanentes.

Por supuesto, el diagrama debe ser considerado como un mapa muy aproximado, que pretende transmitir las posiciones relativas correctamente pero no afirmar categóricamente la escala de las distancias. Tal vez lo que muestra por encima de todo es que la teoría y la política son dos dimensiones diferentes, incluso entre teóricos sociales políticamente comprometidos. En segundo lugar, indica una nueva distancia con respecto al socialismo, entendido como un tipo de sociedad dotada de rasgos característicos realmente alcanzable. La concepción de una alternativa socialista se ha vuelto minoritaria entre la izquierda intelectual, aunque esto no implica, en la mayoría de los casos, que se entre en el redil capitalista.

Figura 1: Posiciones teórico-políticas de la izquierda actual



⁹⁰ Geoffrey Hodgson, *After Marx and Sraffa*, Basingstoke, 1991 [ed. cast.: *Economía y evolución. revitalizando la economía*, Torrejón de Ardoz, Celeste Ediciones, 1995]; Geoffrey Hodgson, Makoto Itoh y Nobuharu Yokokawa, *Capitalism in Evolution*, Cheltenham, 2001.

En una comparación continental, las corrientes de centro izquierda en Norteamérica, marxistas y no marxistas, tienden a situarse más a la izquierda que sus equivalentes europeos. En conjunto, destaca el aguante de la escasa izquierda estadounidense, en comparación con las fuerzas europeas, más numerosas pero más blandas y a menudo más abatidas. Estados Unidos ha aportado escritores de izquierda intransigente capaces de obtener grandes éxitos de ventas, como Noam Chomsky y, más recientemente, Mike Davis⁹¹. El anual *Socialist Register* fue fundado a mediados de 1960 como una empresa muy británica, pero ahora, con el nuevo milenio, se edita desde Toronto. Las revistas clásicas de izquierda estadounidenses, como la *Monthly Review* y *Science and Society*, tal vez sean sombras de lo que fueron, pero han sobrevivido. La enorme cultura académica estadounidense sigue siendo capaz de sostener una serie de publicaciones de izquierda. Los últimos encuentros de la American Sociological Association han sido mucho más explícitamente radicales que los encuentros europeos del mismo tipo. (También es cierto que los académicos de izquierda europeos tienen mayores oportunidades para llevar a cabo prácticas extramuros). El gran «giro a la derecha» tuvo lugar años antes en Estados Unidos, cuando elementos de la izquierda *trotskyista* de las décadas de 1940 y 1950 se convirtieron en partidarios de la Guerra Fría a principios de la década de 1970, engendrando una generación de rabiosos neoconservadores. Los restos de la izquierda estadounidense nunca albergaron mucha esperanza en el futuro inmediato; más tarde contribuirían a eliminarla más aún si cabe los efectos de la implosión soviética, las derrotas del eurocomunismo y las capitulaciones del eurosocialismo.

Postsocialismo

Aunque puede decirse que una cierta distancia respecto a todo socialismo explícito ha caracterizado en los últimos tiempos a la mayor parte de la izquierda euro-estadounidense, la elaboración de una agenda postsocialista de centro izquierda se ha convertido en un proyecto concreto. El thatcherismo fue un caldo de cultivo natural para el «postsocialismo». Uno de los esfuerzos fue la celebración de la «sociedad civil» por parte de John Keane, tan desdeñoso de la socialdemocracia y su «modelo impracticable de un socialismo administrado por el Estado» como del «comunismo totalitario»⁹². En los últimos años de la Guerra Fría, esta posición estaba en la cresta de la ola; una década de pauperización capitalista de buena parte de Europa del Este después de 1989 no mereció reserva alguna, ni siquiera un comentario, por parte del autor⁹³.

⁹¹ Noam Chomsky, *Deterring Democracy*, Nueva York, 1991, *et al*; Mike Davis, *Planet of Slums*, Londres, 2006 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miseria*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo», Ediciones Akal, 2007].

⁹² John Keane, *Democracy and Civil Society*, cit., p. 26.

⁹³ John Keane, «Introduction to the New Edition», *Democracy and Civil Society*, Londres, 1998.

Unos años más tarde el teórico de la sociología Anthony Giddens proclamó su movimiento «más allá de la izquierda y la derecha» en un libro lleno de comentarios despectivos de inspiración thatcherista acerca de la socialdemocracia y el Estado del bienestar⁹⁴. Descartando bruscamente la idea de que pudiera haber una «tercera vía» en el clásico sentido izquierdista —entre «socialismo del Estado del bienestar» y «comunismo»—, en realidad Giddens no estaba sino preparando el terreno para una efímera, pero al mismo tiempo única, alianza político-teórica postsocialista que no tardó en ser bautizada a su vez como «Tercera Vía». Durante unos años, Giddens se convirtió en el teórico oficioso del primer ministro británico y su régimen del *New Labour*, dando un lustre intelectual a un partido que había perdido —o más bien amputado— toda conexión con la socialdemocracia de la «primera vía», a raíz de una serie de traumáticas derrotas a manos de un neoliberalismo despiadado (aunque siempre fuera minoritario en términos ciudadanos). El proyecto incluyó durante un cierto tiempo una relación auténtica entre la teoría social y la política, aunque diferente de la que presupone el «triángulo» marxista-socialista que hemos discutido más arriba. Vale la pena observar que, al menos en Europa —ya que podría existir algún interés al respecto en Extremo Oriente— los atractivos de la Tercera Vía terminaron con la *Realpolitik* de los tanques en las calles; aunque, a diferencia de Checoslovaquia en 1968, en este caso los tanques fueron enviados fuera del país, a Iraq, donde el gobierno de Blair ha sido una de las principales fuerzas agresoras⁹⁵.

Con independencia de la controversia ideológica, la defensa de la Tercera Vía seis años después por parte de Giddens aporta un resumen ejemplar, certero pero conciso, de las críticas más importantes de las que ha sido objeto, a las que respondía con un amplio abanico de referencias sociológicas⁹⁶. Un colaborador ocasional de Giddens, Ulrich Beck, es un demócrata cosmopolita radical, para el que el comunismo y el socialismo de la «primera modernidad» europea son hoy ideas «acabadas»⁹⁷.

⁹⁴ Anthony Giddens, *Beyond Left and Right*, Cambridge, 1994, pp. 73 ss. [ed. cast.: *Más allá de la izquierda y la derecha*, Madrid, Cátedra, 1996].

⁹⁵ El postsocialismo ha cobrado además una dimensión generacional. En 1994 murió Ralph Miliband; destacado politólogo marxista, autor de *The State in Capitalist Society* (1969) [ed. cast.: *El Estado en la sociedad capitalista*, Madrid, Siglo XXI, 1970] su impenitente *Socialism for a Sceptical Age* (1994) [ed. cast.: *Socialismo para una época de escepticismo*, Madrid, Sistema, 1997] fue publicado póstumamente. Ese mismo año, su hijo, David, que más tarde se convertiría en alto funcionario de Downing Street y miembro del gabinete de Blair, editó un volumen colectivo, *Reinventing the Left*, en el que Giddens presentaba una agenda postsocialista.

⁹⁶ A. Giddens, *The Third Way*, Cambridge, 1998 [ed. cast.: *La tercera vía*, Madrid, Taurus, 2003]; *The Third Way and its Critics*, Cambridge, 2000 [ed. cast.: *La tercera vía y sus críticas*, Madrid, Taurus, 2000].

⁹⁷ Ulrich Beck, *Risk Society*, cit.; y *Macht und Gegenmacht im globalen Zeitalter*, p. 407 [ed. cast.: *Poder y contrapoder en la era global. La nueva economía política mundial*, Barcelona, Paidós, 2004].

Izquierda no marxista

La socialdemocracia, con mucho el principal componente de la izquierda no marxista, ha aportado escasos teóricos de amplio espectro en los últimos años. La obra del sociólogo sueco Walter Korpi se ha centrado en gran medida en el análisis empírico de las instituciones de la política social, pero sus teorías explicativas de los recursos del poder y de la «lucha de clases democrática», junto con su defensa, científicamente robusta, del Estado del bienestar, constituyen importantes contribuciones a la teoría social⁹⁸. Desde el punto de vista político, Korpi ha seguido siendo además un socialdemócrata acérrimo.

La sociología francesa ha seguido siendo de «centro izquierda», aunque los medios de comunicación y las principales plataformas intelectuales han dado un brusco viraje hacia la derecha⁹⁹. Durante la década de 1990, la contribución más destacada fue la de Pierre Bourdieu. Al margen del centro de atención durante el apogeo del marxismo de la rue d'Ulm, Bourdieu se construyó una formidable reputación como investigador social de primera clase, antes de aparecer en el último periodo de su vida como el principal portavoz intelectual de la izquierda anticapitalista, tanto en Europa como en Francia. La suya fue una voz poderosa contra la «miseria del mundo» capitalista; aunque no auspiciara la perspectiva de un horizonte socialista, no por ello justificó el orden existente¹⁰⁰.

En todas partes ha habido muy poco pensamiento programático radical en la socialdemocracia, desde la ambiciosa pero políticamente malograda propuesta de fondos de asalariados por parte de los sindicatos obreros suecos, adoptada a regañadientes durante un tiempo por el SAP [Partido Socialdemócrata Sueco]. Más inquietante resulta la ausencia de toda concepción socialdemócrata de cierta relevancia en Europa del Este. Tuvo que ser, en cambio, un filósofo del derecho brasileño-estadounidense, Roberto Mangabeira Unger, el que tuviera la imaginación para responder a la pregunta: *¿Qué debe proponer la izquierda?* Su llamamiento al anhelo pequeñoburgués de «una condición de modesta prosperidad e independencia» y a un «deseo universal» de «soberanía nacional» pueden dar una impresión de timidez. Pero sus propuestas de cambio institucional pueden ser de gran alcance. Estas últimas están orientadas por cinco «ideas institucionales»: ahorro doméstico y fiscalidad elevados como base de la independencia nacional; política social basada en el incremento del po-

⁹⁸ Walter Korpi, *The Democratic Class Struggle*, Londres, 1983; Korpi y Joakim Palme, «The Paradox of Redistribution and Strategies of Equality», *American Sociological Review*, vol. 63, núm. 5, 1998.

⁹⁹ Alain Touraine, *Beyond Neoliberalism*, Oxford, 2001 [*¿Cómo salir del neoliberalismo?*, Barcelona, Paidós, 2003].

¹⁰⁰ Pierre Bourdieu et al., *La misère du monde*, París, 1993 [ed. cast.: *La miseria del mundo*, Madrid, Ediciones Akal, 1999]; *Contre-feux*, París, 1998 [ed. cast.: *Contrafuegos*, Barcelona, Anagrama, 1998].

der y la capacidad de las personas; democratización de la economía de mercado, que habría de crear «un punto álgido en la vuelta a escena del movimiento obrero»; una responsabilidad universal en el trabajo de cuidados, y una «política democrática de altas energías»¹⁰¹.

Los Foros Sociales Mundiales, uno de los progresos más importantes e inspiradores de la política de izquierdas en el nuevo milenio, han engendrado hasta ahora poca teoría; sin embargo, el jurista portugués Boaventura de Sousa Santos ha llevado a cabo una excelente contribución al análisis y la interpretación de este movimiento complejo y heterogéneo¹⁰². Al mismo tiempo, los temas de la desigualdad o de las condiciones de trabajo bajo el capitalismo, que durante mucho tiempo han sido centrales para la izquierda, también han sido teorizados en términos radicales fuera de la misma. Los enfoques opuestos de Richard Sennett, sumamente literario y descriptivo, y Charles Tilly, siempre rigurosamente sistemático, suponen dos poderosos ejemplos¹⁰³. La teoría social radical sigue siendo una casona con muchas entradas.

Marxología y marxismo científico

El cuadrante noreste de la figura I no está necesariamente vacío. Resulta lógicamente posible, hoy más que nunca, abstenerse de toda práctica anticapitalista o actitud ideológica, y al mismo tiempo considerar que Marx fue un analista perspicaz e intelectualmente estimulante del capitalismo. *Pace* Burawoy y Wright, tal posición no es necesariamente degenerada, cínica o pesimista¹⁰⁴. Sin embargo, habida cuenta del enraizamiento político-cultural de las ciencias sociales, cabe esperar que este campo esté muy escasamente poblado. El ejemplo contemporáneo más destacado de esta posición es el economista hindú-británico Meghnad Desai, designado por Blair para la Cámara de los Lores. Aprovechando la biblioteca de esta última institución, ha escrito un inspirado estudio de la dinámica del capitalismo, en el que Marx se coge de la mano de Hayek. *Marx Revenge* (2002) es una rehabilitación del Marx sociólogo de la economía política capitalista, inspirada por una relectura de Lenin y de los economistas marxistas clásicos, al mismo tiempo que se adopta una posición agnóstica respecto a la cuestión de si es posible un orden social poscapitalista.

¹⁰¹ Roberto Mangabeira Unger, *What Should the Left Propose?*, Londres, 2005, pp. 166, 24-31.

¹⁰² Véase la colección de la editorial Verso, «Reinventing Social Emancipation: Towards New Manifestos», Londres, 2006 y otros títulos de próxima publicación.

¹⁰³ Richard Sennett, *Respect in a World of Inequality*, Nueva York, 2003 [ed. cast.: *El respeto. Sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*, Barcelona, Anagrama, 2003]; *The Culture of the New Capitalism*, New Haven, CT, 2006 [ed. cast.: *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona, 2006]; Charles Tilly, *Durable Inequality*, Berkeley, 1998; Doug McAdam, Sidney Tarrow, Charles Tilly, *Dynamics of Contention*, Cambridge, 2001 [ed. cast.: *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer, 2005].

¹⁰⁴ Michael Burawoy y Erik Olin Wright, «Sociological Marxism», en Jonathan Turner (ed.), *Handbook of Sociological Theory*, Nueva York, 2002, p. 484.

El siglo xx saliente fue testigo de dos notables y sintéticas lecturas de Marx: *Espectros de Marx*, de Jacques Derrida (1993), y *The Postmodern Marx*, de Terrell Carver (1998). Tanto Derrida como Carver veían varios Marx, en plural; y ambos subrayaban, con simpatía y no obstante con sentido crítico, la importancia política de Marx, pero en tanto que figura histórica, fuera de quicio respecto al marxismo o a todo movimiento contemporáneo. Derrida colocaba ahora toda su obra propia de deconstrucción «dentro de una cierta tradición del marxismo, dentro de un cierto espíritu del marxismo», aunque iluminando su lectura con pirotecnia literaria¹⁰⁵. El postmodernismo de Carver era de tipo «suave», no se planteaba en confrontación con la modernidad y con la Ilustración, manifestándose principalmente en un análisis perceptivo del lenguaje y de las estrategias de escritura de Marx en varios textos¹⁰⁶.

Posmarxismo

Posmarxismo se usa aquí en un sentido lato, y hace referencia a escritores con una formación explícitamente marxista, cuya obra reciente ha ido más allá de las problemáticas marxistas, y que no reclaman públicamente un compromiso permanente con el marxismo. No equivale a ex marxismo, ni incluye una denuncia o renuncia; se trata, en efecto, de un desarrollo y de nuevos deseos, y tal vez incluso de divorcio, pero sólo en términos amistosos. Los límites entre el posmarxismo y el neomarxismo se han vuelto borrosos en los últimos tiempos, y algunos escritores importantes –Etienne Balibar, por ejemplo– bien podrían formar parte de ambos encabezados. A este respecto, no ha de verse una connotación crítica en este agrupamiento; sin embargo, el término «neomarxista» se usará sólo para designar proyectos críticos que marcan una novedad relevante respecto al marxismo clásico pero conservan un compromiso explícito con el mismo.

Laclau y Mouffe, aceptando la etiqueta de posmarxistas, la entienden como «la reapropiación de una tradición intelectual, así como el proceso que conduce más allá de la misma»¹⁰⁷. *Hegemonía y estrategia socialista*, discutido más arriba, puede ser considerado como una de las contribuciones más importantes desde esta posición. Desplegando una serie de formidables abstracciones, los autores hacen un esforzado trabajo de lectura a través de la teoría política marxista clásica, desde la socialdemocracia alemana y rusa a Gramsci; pero el quid de su proyecto sigue siendo la Revolución Francesa –en sí misma una tradición venerable, de Marx a Lenin y a Gramsci– y el llamamiento a una «democracia radical», en la que

¹⁰⁵ Jacques Derrida, *Spectres de Marx*, cit., p. 151. Véase también la discusión del libro de Derrida en Michael Sprinker (ed.), *Ghostly Demarcations*, Londres, 1999 [ed. cast.: *Demarcaciones espectrales*, Madrid, «Cuestiones de antagonismo 15», Ediciones Akal, 2002].

¹⁰⁶ Terrell Carver, *The Postmodern Marx*, Manchester, 1998, p. 2.

¹⁰⁷ E. Laclau y C. Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, cit., p. IX.

una «dimensión socialista» podría realizarse «profundizando la revolución democrática».

Podría decirse que la Teoría Crítica alemana fue la principal corriente del posmarxismo, políticamente implícita en el gélido silencio de Adorno y Horkheimer después de la Segunda Guerra Mundial, y magnánimamente explícita en la obra de Jürgen Habermas. En tanto que posmarxista, Habermas ha seguido siendo un intelectual y teórico de una izquierda liberal (en el sentido estadounidense de la palabra), convirtiéndose en la conciencia de centro izquierda de la nación alemana occidental; mucho menos radical que Sartre, pero mucho más escuchado. En los últimos años, ha estado lidiando con las cuestiones morales que rodean a la ingeniería genética, y ha intentado adaptarse a las implicaciones cada vez más violentas y desagradables de una *Westbindung* [compromiso occidental] con Estados Unidos, de la que Habermas, en tanto que alemán antinacionalista, siempre se ha mostrado partidario. En el contexto de la invasión de Iraq, se produjo un acercamiento interesante y más europeísta entre Habermas y Derrida¹⁰⁸. No obstante, para este estudio panorámico hemos de prestar nuestra atención al programa habermasiano de la política dialógica —expuesta en su obra maestra sobre la acción comunicativa— y a su defensa de la modernidad en tanto que «proyecto inacabado»¹⁰⁹. Claus Offe, antaño *Assistant* de Habermas y posmarxista de toda la vida, es uno de los pocos que, en tanto que destacado politólogo, no ha abandonado la preocupación marxista por la cuestión del Estado característica de las décadas de 1960-1970, trasladándola, entre otros lugares, a los Estados poscomunistas de Europa del Este¹¹⁰.

El actual sucesor profesoral de la Escuela de Frankfurt es Axel Honneth. Su obra más importante ha tratado acerca de la lucha por el reconocimiento, que ingresó como tema de la filosofía social moderna de la mano del análisis hegeliano de la dialéctica amo-esclavo. Honneth ha diferenciado adicionalmente la relación en tres tipos: las esferas del amor, la ley y la solidaridad¹¹¹. En un debate con la filósofa estadounidense Nancy Fraser, que se vio espoleada por la estridente «política de la identidad» estadounidense a una defensa de la redistribución, Honneth defendía una teoría normativa de las experiencias de injusticia más amplia que la «antropología más o menos utilitaria» del marxismo¹¹². Desde una perspecti-

¹⁰⁸ J. Habermas y J. Derrida, *Philosophy in a Time of Terror. Dialogues with Jürgen Habermas and Jacques Derrida*, entrevistados por Giovanna Borradori, Chicago y Londres, 2003 [ed. cast.: *La filosofía en una época de terror. Conversaciones con Habermas y Derrida*, Madrid, Taurus, 2003].

¹⁰⁹ J. Habermas, *Theory of Communicative Action*, cit.; *Philosophische Diskurs der Moderne* [ed. cast.: *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Taurus, 1993].

¹¹⁰ C. Offe, *Modernity and the State*, cit..

¹¹¹ Axel Honneth, *The Struggle for Recognition. The Moral Grammar of Social Conflict*, Cambridge, MA, 1995 [ed. cast.: *La lucha por el reconocimiento*, Barcelona, Crítica, 1997].

¹¹² Nancy Fraser y Axel Honneth, *Redistribution or Recognition?*, Londres, 2003, p. 127 [ed. cast.: *¿Redistribución o reconocimiento?*, Madrid, Morata, 2006].

va igualitaria, tal y como he sostenido en otro lugar, el «reconocimiento» debe ser considerado como un aspecto crucial de la igualdad existencial, una de las tres dimensiones fundamentales de la (des)igualdad; habida cuenta de la formación de Honneth, el optimismo moderno de sus observaciones acerca del «progreso moral» también pueden ser dignas de ser tenidas en cuenta¹¹³.

El posmarxismo no se ha limitado a la reinterpretación textual; también puede presentarse en forma de nuevas incursiones empíricas o de comentario social. Dos de los trabajos más extraordinarios que presentan un origen marxista son el hito del análisis sociológico de la sociedad mundial escrito por Manuel Castells, del que hemos hablado más arriba, y la notablemente ambiciosa «mediología» histórica de Régis Debray. Esta última comienza con una crítica del concepto marxista de ideología, y un compromiso con la discusión althusseriana de los «aparatos ideológicos de Estado», que da paso a una exploración, desde la perspectiva de la *longue durée*, de la materialidad de la comunicación mediada, o la «mecánica de la transmisión [cultural]», con un énfasis especial en las religiones judía y cristiana¹¹⁴. Teóricamente originales y hábilmente compuestas, estas obras son ante todo contribuciones al análisis social antes que a la teoría social; en cuanto tales constituyen logros excepcionales. Por último, la prolífica producción de comentarios sociales por parte de Zygmunt Bauman ha obtenido una fuerte resonancia transnacional; en el fondo, se trata de una variedad sociológica del posmodernismo. Los últimos trabajos de Bauman viajan ligeros de equipaje, ya que no tienen que cargar con el peso de la investigación ni del análisis teórico, sino que se apoyan en una sabiduría vital poco común, en buenas dotes de observación, y una pluma elocuente¹¹⁵.

Neomarxismo

A pesar de todas sus derrotas políticas, la creatividad intelectual del marxismo no ha llegado a su fin. La última década ha asistido al surgimiento de al menos dos discursos originales y contundentes, que derivan explícitamente de y están basados en un legado marxista. Ya hemos hablado de la irreverente política filosófica de Slavoj Žižek, que no sólo ha renovado radicalmente la crítica cultural marxista, sino que defiende vigorosamente un marxismo iconoclasta contra los «sinvergüenzas conformistas liberales». La obra de Žižek incluye una inspirada defensa de la modernidad clásica y el uso abundante del cine de masas en los comentarios político-filosóficos. Ha huido de las convenciones académicas hasta el punto de presentar, junto a un comentario, una nueva selección de los escritos de Lenin desde 1917¹¹⁶. La exhortación de Žižek a «repetir Lenin» propone una aper-

¹¹³ Göran Therborn, «Understanding and Explaining Inequality», Therborn (ed.), *Inequalities of the World*, Londres, 2006, pp. 186 ss.

¹¹⁴ Régis Debray, *Media Manifestos*, Londres, 1996; *Transmitting Culture*, Nueva York, 2000.

¹¹⁵ Zygmunt Bauman, *Intimations of Postmodernity*, Londres, 1992; *Liquid Modernity*.

tura a las posibilidades de cambio social radical en una situación aparentemente desesperada, a raíz de una derrota desastrosa, que en el caso de Lenin estuvieron enmarcados por la Primera Guerra Mundial y la disolución de la Segunda Internacional.

La segunda manifestación principal del neomarxismo, *Imperio y Multitud*, de Hardt y Negri, afirma haber encontrado la salida revolucionaria del siglo XXI: «Ésta es una revolución que ningún poder podrá controlar, porque el biopoder y el comunismo, la cooperación y la revolución permanecen juntos, unidos por el amor, la sencillez, y también la inocencia. Ésta es la ligereza incontenible y la alegría de ser comunista». Pero también

La posibilidad de la democracia a escala global surge hoy por primera vez [...] Después de una larga estación de violencia y de contradicciones [...] la extraordinaria acumulación de agravios y de propuestas de reforma debe transformarse, en un momento dado, en un acontecimiento poderoso, en una radical exigencia revolucionaria [...]. A tiempo, un acontecimiento nos empujará como una flecha hacia ese futuro [ya] viviente¹¹⁷.

Hardt y Negri hacen referencia también al Lenin de *El Estado y la revolución* en tanto que inspiración para la «destrucción de la soberanía», aunque asociada en este caso con la concepción madisoniana de los controles y equilibrios. Ambas obras tienen varios rasgos en común, además de su radicalismo optimista y el éxito editorial internacional. Ambas son esencialmente obras de filosofía política –los principales libros de Žižek son probablemente *The Sublime Object of Ideology* (1989) y *The Ticklish Subject* (1999)– y no de teoría sociológica. Negri y Žižek son filósofos profesionales, mientras que Hardt, antiguo alumno de Negri en París, es un teórico de la literatura orientado a la filosofía. Ambos grupos de autores escriben con brío y entusiasmo sirviéndose de un estilo barroco hecho de *ensamblajes*, desplegando una impresionante erudición y una capacidad de asociación que abarca un gran número de campos y tradiciones, a gran velocidad y con poco tiempo para la contextualización histórica o la investigación empírica. Las diferentes variantes de comunismo disidente –y una familia de origen más similar, del comunismo oficial– forman los antecedentes políticos de Negri y Žižek: la extrema izquierda italiana, espontaneísta y violenta, y un serpenteante comunismo articulado como disidencia en Eslovenia, respectivamente. También están en consonancia con la práctica del marxismo occidental, en la medida en que leen y utilizan a Marx a través de otras grandes tradiciones intelectuales europeas: ante todo el psicoanálisis de Lacan, pero también un espectro filosófico en cuyo centro aparece Heidegger, en el caso de Žižek; la filosofía de Spinoza, en el de Negri. Su deslum-

¹¹⁶ Véanse, respectivamente, S. Žižek, *Did Somebody Say Totalitarianism?*, Londres, 2002, p. 4 [ed. cast.: *¿Quién dijo totalitarismo? Cinco intervenciones sobre el (mal) uso de una noción*, Valencia, Pre-textos, 2002]; *Ticklish Subject*, cit.; y *Revolution at the Gates*, cit.

¹¹⁷ Respectivamente, M. Hardt y A. Negri, *Empire*, cit., p. 413, cursiva eliminada; *Multitude*, Cambridge (MA), 2004, pp. XI y 358 [ed. cast.: *Multitud*, Madrid, Debate, 2004].

brante estilo como pensadores ha atraído a muchos lectores muy distantes de su propia actitud política o filosófica.

El último libro de Žižek se presenta como su «obra más importante en muchos años». Gira en torno a una metáfora feliz, *The Parallax* [El paralaje]. Un paralaje es «el desplazamiento aparente de un objeto (el cambio de su posición en relación con un fondo), causado por un cambio en la posición de observación que proporciona un nueva línea de visión». Pero esta ambiciosa obra, que presenta su estilo habitual poblado de variadas asociaciones, anécdotas, cinematografía y sacudidas polémicas, muestra también los rendimientos decrecientes de este tipo de crítica libre de ataduras. Aunque Žižek continúa sacando algunos *aperçus* interesantes de su sombrero, muchas de sus discusiones temáticas carecen de mordiente y de profundidad analítica. Por ejemplo, su paciente refutación de los exabruptos sionistas del lacaniano Jean-Claude Miller; su respetuoso escepticismo frente a la «exaltada defensa» del terror revolucionario por parte de Alain Badiou; o su analogía napoleónica en apoyo de su tesis acerca de «la necesidad histórica del resultado estalinista» de la Revolución de Octubre¹¹⁸.

Mientras que Žižek puede decir, «no tengo nada que ver con la sociología»¹¹⁹, la obra de Hardt y Negri pertenece directamente al análisis social, a pesar de su modo de escribir filosófico franco-italiano. Su planteamiento se centra en dos conceptos principales, imperio y multitud, ambos extraídos de Spinoza. Hardt y Negri interpretan el *imperium* de Spinoza sencillamente como soberanía, y en su obra el concepto carece de la concreción material de, por ejemplo, los imperios romano o británico. Antes bien, se trata de una red global a la que el poder soberano ha migrado desde los Estados-nación y en este sentido es un «paso adelante», tal y como afirman estos autores de una posmodernidad autoproclamada de modo típicamente moderno. Concomitante del Imperio es la «multitud», que sustituye aquí al «proletariado» marxista y al «pueblo» de la teoría democrática clásica. El «obrero masa» de la ultrazquierda italiana de las décadas de 1960-1970 de Negri se presenta ahora con los oropeles (globales) de la «intelectualidad de masas». Asimismo, la multitud está compuesta por todos los trabajadores y «pobres» del mundo, que ahora están cada vez más estrechamente relacionados a través del espacio mundial «liso» de una sociedad civil marchita y de fronteras nacionales a la baja, gracias al conocimiento común y a las relaciones comunes. Su práctica en expansión traerá la democracia global, «un futuro que ya vive». El socialismo no aparece en esta visión profética¹²⁰.

En su insistencia en la información y en las redes, sobre todo cuando se considera a éstas como la nueva localización de la soberanía, encontramos una similitud de diagnóstico entre la obra de Hardt y Negri y el análisis de

¹¹⁸ S. Žižek, *The Parallax View*, Cambridge, MA, 2006, pp. 253 ss., 326 ss., 292-293.

¹¹⁹ G. Daly y S. Žižek, *Conversations with Žižek*, cit., p. 32.

¹²⁰ Respectivamente, M. Hardt y A. Negri, *Empire*, cit., pp. 43, 336; *Multitude*, cit., pp. 348-350, 358.

fin de milenio, pero empíricamente fundamentado, de Manuel Castells. La divergencia más importante entre ambos atañe a la diferenciación social. A diferencia de un multitud global «en una espiral virtuosa y en expansión» de lo común¹²¹, Castells define «las verdaderas divisiones sociales fundamentales de la era de la información»:

En primer lugar, la fragmentación interna de los trabajadores entre los productores de información y el trabajo genérico reemplazable. En segundo lugar, la exclusión social de un importante segmento de la sociedad compuesto de los individuos descartados cuyo valor como trabajadores/consumidores está acabado, y cuya importancia como personas es ignorada¹²².

Uno de los principales trabajos empíricos sobre los trabajadores del mundo, *Fuerzas de trabajo*, de Beverly Silver, al que hemos aludido más arriba, concluye con observaciones parecidas a las de Castells: «no hay motivos para esperar que tan sólo porque el capital encuentra rentable tratar a todos los trabajadores como equivalentes intercambiables, a los trabajadores mismos les interese aceptarlo como tal. Antes bien, los seres humanos inseguros (incluyendo a los trabajadores) tienen buenas razones para insistir en la relevancia de las fronteras y los límites que no son de clase (por ejemplo, raza, ciudadanía, género)».¹²³ Aunque los superventas de Hardt y Negri, como los de Žižek, dan fe de la constante creatividad y atractivo de las tradiciones marxistas, es probable que los lectores de óptica sociológica se muestren escépticos ante la invocación de alegatos spinozianos como «el deseo profético es irresistible» y que «el profeta puede producir a su propio [sic] pueblo»¹²⁴.

Una izquierda que aguanta

La trayectoria reciente del marxismo también incluye una modalidad elástica, que se abre camino a través de matorrales de adversidad en un terreno modificado y aún no explorado. La Gran Enciclopedia del marxismo resistente es el *Historisch-Kritisches Wörterbuch des Marxismus*, dirigido por el filósofo Wolfgang Fritz Haug y publicado por la revista *Das Argument* en Hamburgo, en cooperación con la Universidad Libre de Berlín y la Universidad de Economía y Política de Hamburgo¹²⁵. Con su tenacidad intelectual de alto nivel, el diccionario es un ejemplo único de

¹²¹ *Ibid.*, p. 350.

¹²² M. Castells, *Information Age*, cit., vol. 3., p. 346, cursiva eliminada.

¹²³ Beverly Silver, *Forces of Labor*, cit., p. 177.

¹²⁴ M. Hardt y A. Negri, *Empire*, cit., p. 65.

¹²⁵ *Das Argument*, una revista trimestral editada por la pareja filosófico-feminista formada por Wolfgang Fritz y Frigga Haug, sigue siendo una plataforma importante para el marxismo europeo, al igual que *Prokla*, una abreviatura de «Problemas de la lucha de clases», dirigido por el veterano economista Elmar Altvater. No es éste el lugar para considerar todo el campo de las revistas de izquierda, pero hemos de citar al *Socialist Register*, del que hemos hablado más arriba, y *Capital and Class*. Para un estudio más completo de este campo (en el que la

resistencia a ultranza. Concebido en la década de 1980 y emprendido en 1994, se prevé que comprenda unos quince volúmenes. Aunque se trata en su mayor parte de un proyecto alemán, entre sus ochocientos colaboradores se cuentan Etienne Balibar, Pablo González Casanova y otras figuras internacionales; su sitio web, www.hkwm.de, es bilingüe. El volumen 6, que apareció en 2004, llegaba hasta el artículo «Justicia». Al ritmo previsto de un volumen cada dos años, el proyecto quedará terminado en 2022. En este caso, «marxismo» no se entiende únicamente en su sentido ecuménico más general, sino que es objeto además de una lectura que atraviesa un extenso registro sociocultural; hay entradas acerca de Brecht, la doble jornada y la *Dummheit in der Musik* (estupidez en la música).

La década de 1990 asistió también a un ambicioso intento de «reconstrucción» exegética de la crítica de la economía política de Marx, *Time, Labor and Social Domination* (1993), de Moishe Postone, y a una valiente y pedagógica defensa del pensamiento dialéctico por otro estadounidense, Bertell Ollman y sus *Dialectical Investigations* (1993)¹²⁶. La lectura de Postone lleva los conceptos de valor y mercancía a un nivel superior de abstracción respecto al análisis socioeconómico, adentrándose en una concepción de la dominación social –que recuerda a la «jaula de acero» de la racionalización de Max Weber– que «somete a las personas a imperativos y coacciones estructurales impersonales cada vez más racionalizados, que no pueden ser aferrados adecuadamente en términos de dominación de clases [...] Carecen de una localización determinada»¹²⁷. En tanto que prueba comercial de un interés persistente en el marxismo, podríamos citar también la colección «Retrospective» acerca de Marx y de su obra, publicada por Routledge en la década de 1990, de cuyos títulos resultan pertinentes aquí los ocho volúmenes acerca del pensamiento social y político de Marx, editados por Bob Jessop¹²⁸. Los ejemplos individuales de capacidad de adaptación son abundantes, y se extienden por un campo disciplinario que excede con mucho la teoría social. Sin embargo, hay dos que merecen ser añadidos a esta selección inevitablemente parcial y limitada.

NLR ocupa su propio lugar), véase la versión preliminar de este ensayo que aparece citada en la nota 1. Por otra parte, aunque *Les Temps Modernes* sobrevivió a la muerte de Sartre y de de Beauvoir, a duras penas puede seguir siendo considerada una de las principales publicaciones de izquierda. Las revistas con una orientación política más directa han sido más vulnerables: en Gran Bretaña, la antaño viva *Marxism Today* quebró con el final de la Unión Soviética. En Italia, *La rivista del Manifesto* se dio por vencida en 2004. También se han fundado nuevas revistas que cuentan con un respaldo importante: *Historical Materialism* es publicada por Brill, una editorial universitaria de Leiden; *Rethinking Marxism*, editada en Estados Unidos, es publicada por Routledge.

¹²⁶ Ollman ha continuado con su enseñanza dialéctica con la entrada en el nuevo milenio, provisto ahora de una coreografía de la investigación dialéctica, *Dance of the Dialectic*, Urbana, IL, 2003, p. 169.

¹²⁷ Postone, en un resumen de su propio libro, «Critique and Historical Transformation», *Historical Materialism* XII, 3, 2004, p. 59.

¹²⁸ Bob Jessop y Charlie Malcolm-Brown (eds.), *Karl Marx's Social and Political Thought*, 4 volúmenes, Londres y Nueva York, 1990; Segunda Serie, Bob Jessop y Russell Wheatley (eds.), Londres y Nueva York, 1999.

Uno de los escasos supervivientes políticos de los *événements* franceses de 1968, Daniel Bensaïd, es un cuadro dirigente trotskista y el autor de un bien escrito *Marx el intempestivo*. Al otro lado del canal, Alex Callinicos es probablemente el más prolífico de los escritores marxistas contemporáneos, con una variada bibliografía filosófica, social y política¹²⁹.

En una reciente colección, algo deshilvanada, de autobiografías de sociólogos de la cohorte de la década de 1960, dos en particular, las de Michael Burawoy y Erik Olin Wright, continúan enarbolando la bandera del marxismo¹³⁰. Burawoy, un incisivo etnógrafo del trabajo movido por un afán teórico, y Wright, investigador, no menos interesado por la teoría, de las estructuras de clase, han pergeñado también un proyecto conjunto para construir el «marxismo sociológico»¹³¹. Habrá que ver hasta qué punto la idea se desarrolla en la práctica, pero sobre el papel se trata de uno de los proyectos académicos más ambiciosos del marxismo fuerte, dotado de un gran potencial. Aunque presenta intenciones innovadoras –habla de «construcción»– su reafirmación de la agenda política marxista, así como el núcleo de su análisis –salvo la teoría del valor– le corresponde el epíteto de «fuerte» antes que el de «neo». El marxismo sociológico de Burawoy y Wright tiene un compromiso normativo, así como científico, explícitos, vinculado al «proyecto político de cuestionamiento del capitalismo en tanto que orden social». Su núcleo sociológico es el concepto de clase como explotación, con una agenda de investigación que se deduce de una teoría de «la reproducción contradictoria de relaciones de clase contradictorias» –esencialmente, un análisis marxiano del capitalismo y de sus instituciones políticas e ideológicas, aunque desprovisto de su envoltura histórico-filosófica original. En este caso el presupuesto intrínseco es que la dialéctica capitalista continúa funcionando, aunque en cierto modo libre de asperezas:

En primer lugar, la dinámica del desarrollo capitalista genera cambios en la tecnología, el proceso de trabajo, la estructura de clase, los mercados y otros aspectos de las relaciones capitalistas, y estos cambios plantean constantemente nuevos problemas de reproducción social [...] En segundo lugar, los actores de clase adaptan sus estrategias para beneficiarse de las debilidades de los órdenes institucionales existentes. Con el tiempo, estas estrategias de adaptación tienden a corroer la capacidad de las instituciones de la reproducción social para regular eficazmente y contener las luchas de clases¹³².

La reproducción es particularmente problemática y conflictiva para las relaciones de clases: «las relaciones sociales en cuyo seno los intereses anta-

¹²⁹ Véase, como pequeña muestra, por ejemplo, Alex Callinicos, *Against Postmodernism. An Anticapitalist Manifesto*, Cambridge, 2003;

¹²⁹ Véase, como pequeña muestra, por ejemplo, Alex Callinicos, *Against Postmodernism. An Anticapitalist Manifesto*, Cambridge, 2003; *The Resources of Critique*, Cambridge, 2006.

¹³⁰ Alan Sica y Stephen Turner (eds.), *The Disobedient Generation*, Chicago, 2005.

¹³¹ M. Burawoy y E. O. Wright, «Sociological Marxism», cit., pp. 459-486.

¹³² *Ibid.*, p. 473.

gonistas son generados tendrán una tendencia inherente a generar conflictos, en los cuales aquellos que sufren agravios intentarán cambiar la relación en cuestión¹³³. En vez de ponerse a demostrar el poder de este programa, los autores se desvían del camino para adentrarse en una de sus utopías preferidas, la «renta básica universal»; pero ello no debe restar un ápice al inmenso valor de su reafirmación concisa, concreta y libre de jerga del marxismo en tanto que ciencia contemporánea. Aunque conscientes de las implicaciones que conlleva un «ismo» del siglo XIX, Burawoy y Wright lo consideran como un signo de pertenencia y como continuidad de una tradición¹³⁴.

IV. PENSANDO EN EL FUTURO

Lo que ante todo emerge de esta panorámica es el efecto irregular del triángulo roto del marxismo clásico: política, sociología y filosofía. En la región del Atlántico Norte (y el resto del mundo no es tan diferente, salvo algunas excepciones en la América Latina indígena), la política marxista ha desaparecido o ha quedado completamente marginada; en el mejor de los casos, como podría decir un observador simpático de Kerala, Tri-pura o Bengala occidental, ha quedado suspendida. El horizonte socialista, de un rojo intenso hace tan sólo tres décadas, ha desaparecido¹³⁵.

Por otra parte, la creatividad intelectual de izquierda no se ha detenido. Tal vez sus grandes momentos sean cosa del pasado: no sólo los de Marx y Engels, sino también los de la Segunda Internacional, de Kautsky a Lenin; del marxismo occidental, de Lukács a Gramsci; o del marxismo asiático o del Sur, de Mao a Mariátegui; incluso los momentos más recientes de Althusser, Bourdieu y sus diferentes equivalentes nacionales. Pero hoy encontramos muchas más producciones intelectuales de izquierda que, pongamos por caso, hace cincuenta o cuarenta años. La generación de izquierda de la década de 1960, en particular aquellos que se radicalizaron antes del momento romántico de 1968, no se ha rendido. El valor de los cambios temáticos del discurso, de los que hemos hablado más arriba, es discutible; pero no se presentan como prometedores objetos de denuncia. Cabe dudar de que el repertorio de posiciones existentes satisfaga a todo el mundo, pero comprende sin embargo puntos de intersección para casi todo el mundo de la izquierda.

No obstante, las experiencias formativas generacionales tienden a producir efectos duraderos, y la distancia crítica del autor de estas líneas es, por

¹³³ *Ibid.*, p. 474.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 460 nota.

¹³⁵ En la medida en que han sobrevivido, la mayor parte de los partidos comunistas europeos y sus sucesores han mostrado escaso interés hacia el marxismo intelectual. La mayor parte de los ex Partidos Comunistas de Europa del este se han situado muy a la derecha de la socialdemocracia escandinava. El innovador y autocrítico PDS de Alemania del Este, con su Fundación Rosa Luxemburg, conserva aún cierto compromiso con el marxismo, al igual que los dos partidos comunistas «ortodoxos» restantes, el griego y el portugués.

supuesto, sospechosa. Sus opiniones son las de un miembro de la generación de la década de 1960 que escribe acerca de sus contemporáneos, de sus compañeros o antiguos compañeros. Ahora bien, ¿qué perspectivas de futuro podemos vislumbrar?

El capitalismo aún produce, y continuará produciendo, un sentimiento de indignación. En este sentido, permanecerá una línea de continuidad entre los siglos XIX, XX y XXI, tanto en la resistencia como en la crítica. Podemos dar casi por seguro que los filósofos venideros publicarán nuevas lecturas de Marx. Resulta bastante improbable que los críticos y resistentes anticapitalistas del siglo XXI olviden los horizontes socialistas y comunistas de los últimos doscientos años. Ahora bien, resulta bastante incierto, o tal vez incluso improbable, que vean los albores de un futuro diferente con los mismos colores. Por supuesto, habrán de surgir nuevas cohortes de científicos sociales, muchos de los cuales leerán a Marx, pero es dudoso que consideren importante denominarse marxistas. El triángulo marxista clásico se ha roto, y es bastante improbable que sea restaurado.

La resistencia de la izquierda de la década de 1960 está atravesando una importante cesura histórica. Ésta fue la generación que vivió tanto el ápice de la fuerza de la clase obrera en el capitalismo desarrollado como el comienzo de su declive. Vio tanto la imagen de la revolución, en 1968, como el cierre de la perspectiva revolucionaria que se abrió en 1789 y 1917 con la implosión de 1989-1991; entre tanto, experimentó la verdadera revolución sexual y de género de finales del siglo XX. Fue la generación que atravesó y criticó el ápice del capitalismo atlántico, y dio fe del regreso de Asia oriental y meridional al primer plano de la escena mundial.

Por razones contingentes, prácticas –de disponibilidad espacio-temporal y de limitaciones lingüísticas– esta panorámica se ha limitado al área norteamericana/del Atlántico Norte. Sin embargo, ésta sigue siendo la base de despegue de la mayoría de bombarderos y misiles mortíferos, pero ya no es el frente principal en el que habrá de decidirse el destino del capitalismo en el siglo XXI. De ahí la extraordinaria importancia de la teorización global y, más si cabe, de las investigaciones empíricas globales. En la situación actual, una cierta *humildad insolente* parece ser la actitud intelectual más adecuada. La insolencia ante las fuerzas del capital y el imperio, por más poderosas que sean. La humildad ante el nuevo mundo por venir y el aprendizaje y desaprendizaje que su llegada habrá de exigir.